

UNIVERSIDAD DE GRANADA

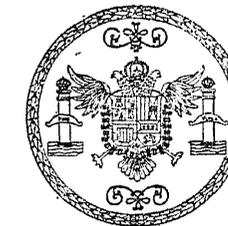
DISCURSO

leído en la solemne apertura del curso académico
de 1944 a 1945

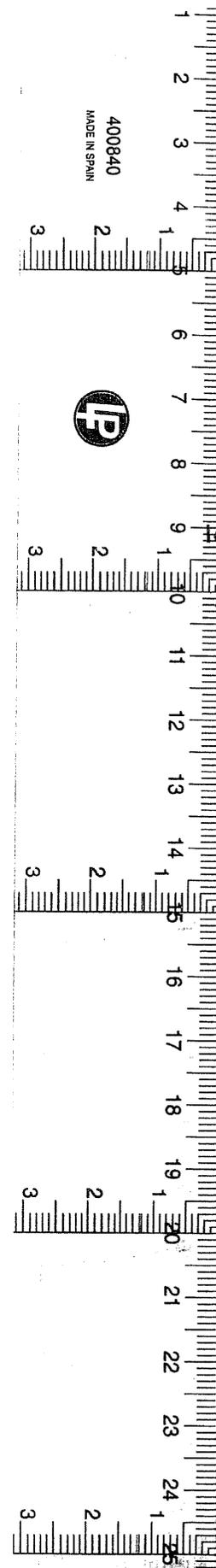
POR EL DOCTOR

Don José Pareja Yébenes

Catedrático de la Facultad de Medicina



GRANADA
1944



UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSO

leído en la solemne apertura del curso académico
de 1944 a 1945

POR EL DOCTOR

Don José Pareja Yévenes

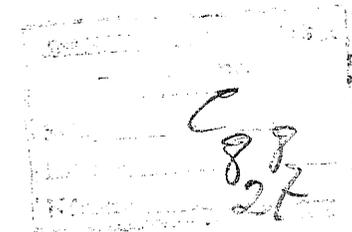
Catedrático de la Facultad de Medicina



GRANADA

1944

«DOGMATISMO HIPOCRÁTICO; BIOLOGÍA ARISTOTÉLICA
Y ESCUELA DE ALEJANDRÍA»



UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSO

leído en la solemne apertura del curso académico
de 1944 a 1945

POR EL DOCTOR

Don José Pareja Yébenes

Catedrático de la Facultad de Medicina



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA	
N.º Documento	<u>241753</u>
N.º Copia	<u>241765</u>

GRANADA
1944

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector;

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores;

Señoras y Señores;

Profesores y Alumnos de la Universidad:

Al encontrarnos en la divisoria entre dos años académicos, así como en la que separa a los años llamados "naturales", nos damos cuenta del árduo esfuerzo que realiza el hombre por dividir y parcelar el tiempo que es, por su propia esencia, indivisible y eterno. Pero es lo cierto que, dentro de la continuidad inextinguible del tiempo, se aloja el ritmo que acompasa y regula todas las manifestaciones de la vida, aún aquellas --como son las del espíritu-- que parecen menos sometidas a medición y ordenamiento.

Es la función docente una feliz y armoniosa resultante del anhelo de aprender y del goce de enseñar; por muy elevado que sea el rango de tan noble ocupación del espíritu, no puede realizarse sin trabajo y, como tal, reclama un descanso. Sístole y diástole --como en el ritmo cardíaco-- son los períodos alternantes, de actividad y de reposo, que deter-

minan el latir de la vida universitaria; en esta pulsación docente, imitándose la fisiología del corazón, la pausa diastólica no debe reducirse a una quietud de inercia, sino constituir una fase reparadora, de creación y acúmulo de estímulos y energías que provoquen la siguiente contracción sistólica, cuya amplitud y eficiencia dependen, cabalmente, de los íntimos fenómenos que acaecen durante la fase de reposo.

Una vieja y respetable tradición —convertida en ley— establece que cada ciclo de actividad universitaria comience con el acto de Apertura de Curso que reviste, a la par, el austero carácter del ceremonial académico —ritual y solemne— y el de una fiesta inaugural que es expresión de alegría y promesa de trabajo fecundo, júbilo por la cosecha y esperanza en la sementera.

Las severas estancias de nuestras Universidades —herederas de aquéllas, tan gloriosas— se adornan con la pintoresca policromía de mucetas y birretes; en claustros y patios de nuestras casas del saber, casi todas de traza conventual —honrosa huella de su ilustre origen— resuena la voz alegre de la juventud, sangre nueva que llega al corazón de la ciencia.

Nos reúnen, pues, en el día de hoy, un deber ritual, una alegre emoción, un nuevo latido de la vida académica. Sin embargo, no estamos congregados aquí para el mero cumplimiento de una fría obligación protocolaria. Hemos venido para algo más: para renovar una ferviente dedicación, para obedecer un mandato vocacional, para anudar, con fuerza cada vez mayor, los lazos que nos unen a maestros y discípulos.

Pensemos que estos fuertes vínculos mantienen la trabazón universitaria, de tal modo, que el concepto de Universidad no adquiere su definitivo contorno histórico hasta que adopta un claro y acentuado sentido corporativo en la vieja fórmula originaria "*Universitas magistrorum et scholarium*", concepto presentado por ALFONSO EL SABIO al definir los *Studium* en las *Partidas*, diciendo en castellano medieval, recio y claro, "*Estudio es ayuntamiento de maestros e de escolares que es fecho en algund logar con voluntad e entendimiento de aprender los saberes*". Este viejo y tradicional sentido, que conviene recordar como ejemplo y acatar como una norma, no está solamente escrito en las páginas miniadas de antiguos códices; es algo, tan firme y sólido, como las piedras en que fueron labrados los candorosos relieves medievales que esquematizan con una forma escultórica primitiva la estructura elemental de la Universidad; es algo, tan profundo y perdurable, que ha coloreado los tallados sillares de las Universidades con amarillo de pátina,

dorándolas a fuego de sol y de siglos; es algo, tan sutil y fluído, que flota en el ambiente impresionante de la Cátedra de Fray Luis, a la que no llegan las luces ni los ruidos exteriores, y en la que parece escucharse ¡todavía! la palabra reposada y persuasiva del maestro.

La evocación del pasado glorioso deleita nuestra imaginación y entona nuestro ánimo, pero no nos exime de la imperiosa obligación de continuarlo, ni debe conducirnos a una pasividad contemplativa que pudiera ablandar y disolver nuestra voluntad, incapacitándola para la acción constructiva que es pura esencia de la cultura. No olvidemos que, si bien el presente se apoya sobre los cimientos del pasado, ha de servir de arbotante que sostenga al futuro.

Un curso que comienza, queridos escolares, no es un curso más, para la pesadumbre del trabajo, ni un curso menos, para la impaciencia de obtener un título, que no será otra cosa que el capítulo primero de vuestra historia personal. Pensad que formáis parte de un todo histórico, regido por un designio providencial y pasad las hojas del libro de la vida con el alma serena y gozosa por la misión que vais a cumplir.

Un curso que comienza no es —queridos amigos y comprofesores— un año más para producir sensación de cansancio, ni un año menos, para llenarnos de melancolía temiendo que nuestra tarea —que es nuestra vida— tenga un fin cercano.

Un año más, debe ser —para todos— esfuerzo perseverante y provechoso, tensión de nuestro espíritu, íntima satisfacción por nuestro destino considerándolo con alegre modestia y huyendo de todo envanecimiento. Crucemos la divisoria convencional trazada por los hombres en el tiempo, que es inextinguible, y avancemos un paso más a la conquista de la verdad, que es ilimitada. Ni desaliento, ni vanidad. Pensemos, humildemente, que la Verdad y el Tiempo, como son emanaciones de Dios, son infinitos y eternos.

* * *

El año académico que ha terminado ayer, fué feliz para este claustro; durante el curso anterior, no se produjo baja alguna por fallecimiento. Al registrar esta feliz circunstancia, sentimos acrecentarse nuestra íntima alegría por el hecho de que los nuevos Catedráticos de esta Casa, tan amada, sean hijos de ella, antiguos discípulos de nuestra Universidad que la honran, una vez más, incorporándose a su Profesorado. Cúmplenos saludar, cariñosamente, seguros de su brillante

actuación, a los nuevos Profesores don José M.^a Muñoz Medina, don Emilio Orozco Díaz y don Alfonso Gámir Sandoval.

Atendiendo justas y explicables atracciones afectivas, han pasado a otras Universidades los señores don Luis Solé Sabarís, don Antonio Palomeque y don Alvaro D'Ors, que honraron nuestro Claustro, y a quienes deseamos fructífera labor en los lugares que hoy ocupan en otras Universidades de nuestra Patria.

* * *

Uno de los más bellos bajorrelieves, de los muchos que enriquecen el arte griego, lo esculpió, un artista desconocido, en la estela funeraria que perpetúa el duelo de Atenas por el trágico fin de la expedición de NICIAS, sacrificada en las siniestras canteras de Siracusa. El tema, de dramática sencillez, está interpretado con sobriedad: ATENEA, contempla una lápida en que están inscritos los nombres de los héroes. La figura atrayente de MINERVA no aparece con el esplendoroso atuendo de la estatua crisoelefantina del Partenón; viste un sencillo jitón que, plegado con elegancia, modela suavemente el cuerpo de la diosa de la sabiduría; apoyada en su jabalina y cubierta con el casco de oro, de airosa cimera, parece leer, con respeto y tristeza, la larga lista de nombres ilustres que están grabados en la lápida mortuoria.

Al proponeros, en el día de hoy, un tema histórico, aspiro, solamente a que ATENEA, que simboliza vuestro saber e inteligencia, descanse un momento de la lucha y, apoyándose en su lanza, lea los nombres ilustres de hombres que murieron hace muchos siglos y que consagraron su vida a la ciencia. No fueron guerreros, ni conquistadores, ni magnates, ni estadistas: fueron sabios, y, allá, en remotas épocas, consagraron sus esfuerzos a difundir el saber y a aliviar el dolor humano. Se hallan tan lejos de nosotros, que no pertenecen ya a ninguna patria, ni encajan dentro de un sistema; son gala y tesoro de la humanidad y, como desaparecieron para siempre, justo es que ATENEA, inclinada con melancólico respeto, lea y repase sus nombres preclaros que contienen una enseñanza y un ejemplo.

Persiguiendo el fin de continuidad en la labor docente (os hablaba de ello hace un instante) me ha parecido que serviría de puente o enlace, entre el curso de Historia de la Medicina que tuve el honor de explicar, durante el pasado curso, y el que (D. m.) desarrollaré en el que hoy comienza, una exposición breve y sintética del período transitivo en que

pasa y se transfiere la Medicina helénica desde el apogeo hipocrático hasta la ciencia greco-romana, genuinamente occidental. Tal es la justificación del tema de este modestísimo ensayo que, abrumado por el honor de la ocasión y de vuestra presencia, voy a exponeros, sobre:

« DOGMATISMO HIPOCRÁTICO; BIOLOGÍA ARISTOTÉLICA Y ESCUELA DE ALEJANDRÍA »

LA HERENCIA DE ALEJANDRO
MAGNO Y EL LEGADO DE HIPÓ-
CRATES.

Cuando, repleto de historia griega, finalizaba el siglo IV (a. de J. C.), contrajo ALEJANDRO MAGNO —hallándose en Babilonia— unas fiebres malignas que, llevándole al sepulcro en plena juventud, interrumpieron la gloriosa ascensión de su carrera triunfal. Medio siglo antes, en Larisa, ciudad de Tesalia, se había apagado la vida del más ilustre médico de Grecia, HIPÓCRATES, que, durante muchos años, había ejercido el magisterio de la Medicina en la isla de Cos, situada en la Dórida; moría apaciblemente, muy anciano —centenario, según algunos historiadores—; la muerte, al cabo de tan larga y provechosa vida, no fué otra cosa sino el cumplimiento de una ley inexorable de la Naturaleza que el viejo maestro había estudiado luenga y sabiamente.

ALEJANDRO, al morir, entregaba sus extensos dominios a las disputas de los hombres; “mis funerales serán sangrientos” había dicho antes de expirar, con una triste clarividencia. En un albaceazgo nada pacífico se repartirían, los que fueron sus generales, el inmenso territorio conquistado por el intrépido macedonio; una larga prole de *epígonos*, nacida de los generales *diádocos*, reinaría —unas veces con acierto, y, otras, entre la turbulencia de las pasiones— sobre los pedazos de aquel imperio que ALEJANDRO había soñado como una indestructible y vastísima unidad ecuménica.

HIPÓCRATES dejaba una herencia más sólida, aun cuando menos esplendorosa; había fundado una doctrina, tan grande como un reino y más duradera que una dinastía; las imprecisas fronteras de su espa-

cioso señorío lindaban con la Filosofía, con las Ciencias Naturales y con la Ética. También sobrevendrían tras de él, largas y enconadas disputas, pero, como quiera que éstas no eran promovidas por la repartición de bienes materiales, no tendrían el carácter belicoso y sangriento de la testamentaria de ALEJANDRO. A HIPÓCRATES, le sucedieron también diádocos y epígonos —descendientes de la sangre y descendientes del espíritu— que son los discípulos; unos y otros, se consagraron a la administración del cuantioso caudal científico que heredaban de su maestro y, con el ambicioso anhelo de interpretar su pensamiento, agitaron las claras aguas del manantial hipocrático y hasta llegaron a enturbiarlas, en ocasiones, con obstinados dogmatismos o con sutilezas de exégesis.

Es frecuente, en la historia de los pueblos, que el genio de un hombre unifique, y ensanche, y consolide grandes estados; a su muerte, se despierta casi siempre, en aquellos que aspiran a heredarle, un simultáneo y ardoroso afán de mostrarse como los únicos y legítimos sucesores del estadista desaparecido, siendo mayor en ellos la preocupación de causahabientes que el noble estímulo de merecer la herencia. De un modo análogo, en la historia de la Ciencia, después de la desaparición de una figura culminante del saber humano, surgen discípulos y continuadores a quienes anima el vehemente deseo de convencer a todo el mundo de que ellos, y solamente ellos, han recibido el sagrado depósito de la verdad. Son formas distintas de un mismo apetito posesivo: lo que puedan tener de censurable, como expresión de ambiciones desmedidas, se compensa con lo que significan como implícito homenaje a la grandeza de la eminente personalidad extinguida que tratan de reemplazar sus presuntos e impacientes herederos.

Sería absurdo el tratar de establecer un rígido paralelismo entre la vida de estos dos grandes hombres de la Antigüedad; su diferente condición y sus temperamentos, tan distintos, así como las alejadas esferas de acción en que operaron, impedirían llevar a ultranza los puntos de analogía que acabamos de insinuar. Sin embargo, no es posible desconocer que, entre los hechos y los hombres de la Historia —aún aquellos que se nos antojan más dispares— puede haber un nexo secreto, de escasa visibilidad, que les une entre sí. No hemos señalado los puntos de semejanza entre estas dos vidas —que no fueron ciertamente paralelas— por mera complacencia en un efectismo retórico, ni con ánimo de emprender un peligroso razonamiento apriorístico que había de desviarnos de nuestro verdadero y modesto propósito; baste con lo dicho, pues, más adelante, irán surgiendo ocasiones y ejemplos probatorios de

esas misteriosas conexiones y coincidencias que la historia descubre, allí donde parecía haber menos afinidad.

* * *

Habían llegado los días de la decadencia griega. Un pueblo tan sabio, tan artista y tan valiente, estaba condenado —no obstante su grandeza— a la triste declinación de su hora crepuscular. Las luchas fratricidas, el egoísmo y la codicia —plantas rastreras de todos los tiempos y de todos los climas— habían acelerado la desintegración, fatal y dramática, de Grecia. Una interna lucha apasionada, nacida de antagonismos seculares, fué agotando la inmensa capacidad constructiva de los griegos que ellos mismos malograron con su inacabable disputa por el poder. La hegemonía pasaba de Atenas a Esparta y, de aquí, a Tebas, mientras que el país helénico se hundía en una sima de esterilidad y de cansancio. Pero su espíritu debía salvarse, y se salvó. Tan providencial tarea estaba encomendada a un hombre nuevo, al genial predestinado que se llamó ALEJANDRO MAGNO, procedente de un pueblo de estirpe griega —de Macedonia—. Este hombre sería capaz de captar las esencias vitales de la Hélade para transfundirlas a un nuevo Imperio que había de propagarlas por todo el mundo. La Naturaleza, como intuyendo la misión generatriz y creadora del héroe, le hizo valeroso y fuerte, como AQUILES, inteligente y audaz, como ULISES, altivo y dominador, como JÚPITER.

La figura de ALEJANDRO ha sido, y será siempre, pasmo y maravilla de los hombres; asombra pensar que la actuación histórica del rey macedonio, aún siendo tan decisiva, haya podido consumarse en el breve espacio de una vida tan corta; por eso excede y rebasa los módulos usuales y desconcierta a los que intentan medir con ellos la asombrosa superabundancia de esta existencia singular que se inicia con el impulso magnífico de una fuerza secreta de herencia y de destino, para continuarse en una perpétua carrera triunfal que sólo quiebra la muerte. La obra ingente de ALEJANDRO fué posible porque, aun rebosando audacia, era inspirada y conducida por una serena reflexión; porque, a pesar de ser vertiginosa, fué siempre rítmica y, en fin, porque, no obstante su estruendo de guerra y de conquista, llevaba en su entraña un germen espiritual: el afán de salvar la cultura helénica —entonces enferma y

en trance de agotamiento— vigorizándola con la transfusión de la sangre del Oriente, inmenso e inextinguible.

En la epopeya de ALEJANDRO, en el drama de su muerte y en el accidentado proceso de la herencia de su imperio, se mezclan y entrecruzan los mismos hilos históricos que, en ésta, como en todas las épocas, han tejido la vida de los pueblos. La historia externa, la de las grandes batallas, la de gloriosas conquistas y tristes derrotas, va labrando, a punta de lanza, una nueva distribución de los territorios geográficos y un nuevo reparto del poder. Junto a ella, va desarrollándose otra historia, menos aparatosa y deslumbradora, pero más duradera y profunda: la del progreso humano. Esta historia, interna y callada, registra los hechos diarios del perfeccionamiento espiritual, científico y artístico de los hombres, que amasan, lentamente, culturas y civilizaciones. La historia ruidosa y guerrera y la silenciosa y pacífica, se complementan, unas veces y, otras, se entorpecen mutuamente, más no andan tan divorciadas y distantes como pudiera parecer a primera vista. Así, en la época a que nos referimos, la espada del GRAN ARGÉADA, ALEJANDRO, abre paso al helenismo y lo conduce hasta el Oriente más remoto, mientras tiende un puente hacia el Occidente mediterráneo en el que otro gran pueblo —el pueblo latino— va a asimilar y transformar la substancia helénica para que, nutriendo su propio y peculiar espíritu, le permita crear una nueva civilización.

LA CÁTEDRA DE ARISTÓTELES.
SUS REGIOS DISCÍPULOS. LA
SEMILLA HELÉNICA.

Las fiebres perniciosas que mataron al Rey Macedónico junto a los muros de Babilonia, extinguieron su vida humana, pero no pudieron destruir su obra histórica. La muerte de ALEJANDRO MAGNO entraña un profundo y aleccionador dramatismo —como la de todos los hombres geniales—. Después de cerrado su sepulcro, ni siquiera lograron sucederle los que estaban ligados a él por lazos de la sangre. Y, sin embargo, perduraría su obra por encima de las mal disimuladas codicias de los generales diádocos que, al repartirse el reino de ALEJANDRO, desmembraron la colosal unidad geográfica y política que él había soñado; este grupo de hombres ambiciosos —en los que, no sin fundamento, han señalado algunos historiadores rasgos de semejanza con los *condottieros* del Renacimiento y con los generales de NAPOLEÓN— atravesaron un vivir novelesco y turbulento, no siempre ejemplar, pero fueron buenos discípulos del arte militar de su caudillo y fieles mantenedores de la cultura helénica. Y es que, esta obra de perpetuación de las ciencias y el arte de la Hélade, se imponía, por su propia magnitud y transcendencia, a los que, siendo hijos de la época, llevaban infiltrado en sus almas el espíritu griego. No en balde, algunos de estos fundadores de nuevas dinastías, habían sido condiscípulos de ALEJANDRO; junto a él, recibieron inolvidables lecciones durante su adolescencia, cuando el espíritu, creciendo como el cuerpo, asimila con providencial avidez todo lo que, pudiendo nutrirle, va a fraguar su forma definitiva y a subvenir a las futuras posibilidades procreadoras. El juicioso y diplomático TOLOMEO el que, andando el tiempo, asentaría en el viejo Egipto la dinastía de los Lágidas y el inteligente y fastuoso SELEUCO, que había de implantar el dominio de los Seleucidas en un amplio reino que abarcaba el Asia anterior, hasta el lejano confín de la India, habían escuchado la palabra persuasiva y serena del Estagirita, que adoctrinó en la escuela de Mieza, en la más aristocrática de las Cátedras, a ALEJANDRO —hijo de Rey y aprendiz de Emperador— y a sus principescos compañeros, futuros monarcas del mundo helenístico. Una secreta intuición le avisaba a ARISTÓTELES —príncipe de la Sabiduría— que estaba sembrando

el germen fecundo de su enseñanza en gentes llamadas a conducir pueblos. El gesto elegante de FILIPO, al demandar el magisterio aristotélico, era una clara lección normativa de la educación de aquellos a quienes elige el destino para ser soberanos. El sabio fundador del Liceo, el que había de ser el autor del *Organon*, con un presentimiento de lo que sería su método peripatético, estableció la regia escuela, lejos de la capital, en las fértiles llanuras de la Tesalia y, alejándose del río Axyos, buscó las proximidades de los Montes Cambunianos y del Olimpo, como atraído por el imán helénico.

Allí, a la sombra del templo de las Ninfas, daba sus clases al aire libre —¡siempre este amor por los claros horizontes!— sembrando en el ánimo impresionable de sus jóvenes alumnos el amor y el respeto hacia la belleza y el saber de Grecia. Más tarde, retoñaría en ellos, al llegar a las cumbres del poder, la fecunda semilla que el excelso filósofo supo depositar en sus almas durante aquellas inolvidables lecciones recibidas en las claras mañanas de la campiña de Tesalia, a la fresca sombra del Palacio de las Ninfas. En lugar tan bello y durante su noble tarea pedagógica, el que había de ser llamado “maestro de cuanto conocemos”, supo encender en la juvenil imaginación de sus oyentes la llama viva que ardió siempre en el alma de ALEJANDRO MAGNO y las luces brillantes que guiaron a sus continuadores.

MEDICINA POST-HIPOCRÁTICA
Y PRE-GALÉNICA.

La muerte de HIPÓCRATES dejaba vacío, y sin inmediata sucesión, el más alto sitio de la Medicina griega. A pesar de haberse extinguido el maestro insigne, quedaba su obra perdurable y magnífica. La propia grandeza del desaparecido empequeñecía, por inevitable comparación y en desfavorable contraste, a los hombres que vinieron después; había de transcurrir mucho tiempo antes de que naciera otra gran figura merecedora de parangonarse con el anciano de Cos. Siglos después, surgió otro vértice del pensamiento médico de la antigüedad; fué GALENO que, no obstante su altura y su esplendor, ofrecía no escasos puntos débiles al tratar de sostener un paralelismo estricto entre estos dos grandes creadores de la ciencia médica. Desde una a otra cumbre de la inteligencia humana, y sobre el río del tiempo, tendieron un puente las escuelas médicas, apoyándose en los estribos de sus hombres eminentes. La profunda transformación de la Medicina engendrada por estos dos sabios de la Antigüedad tiene una substancia helénica: HIPÓCRATES nace y profesa en Cos; GALENO es oriundo de Pérgamo. Entre el fenómeno cultural que representa el helenismo y esta particular modalidad evolutiva de la Medicina, existen no pocas relaciones. La cultura helenística recoge las esencias de la civilización griega y, al par que las conserva, lasorea y las renueva conduciéndolas, al fin, hasta el mundo latino que supo asimilarlas y diluirlas en su propio organismo, del mismo modo que un ser vivo lleva en su sangre los impulsos generativos que transmite la herencia, impulsos que después se desvían y modifican por la propia actividad individual y por las circunstancias ambientales, tan numerosas y complejas.

Así, la Medicina que pudiéramos llamar helenística, comienza en una época post-hipocrática y termina en una fase pre-galénica. La primera, comienza con los más inmediatos y fieles discípulos de HIPÓCRATES y llega a su apogeo en el renacer cultural y científico de las escuelas alexandrinias; cuando éstas, cumplida su misión, languidecen y llegan a sufrir las lamentables degradaciones del empirismo y la charlatanería mágica, retoña un nuevo brote del árbol inmarcesible de la Ciencia, alimentado con savia latina, y de estroma helénico-romano. La ciencia

nueva lleva en sí los gérmenes que HIPÓCRATES sembrara siglos antes y que GALENO supo depurar con su inteligente cultivo. Muchos siglos después —casi una edad histórica entera— continuaban vivas y operantes las semillas helénico-latinas y, los mismos que encarnizadamente las combatieron con audaz rebeldía, en la época del Renacimiento, no se daban cuenta de que eran ellos los legítimos herederos de sus lejanos antecesores; seguía labrándose la cadena del vivir y del saber y cumpliéndose un destino de perpetuidad, impuesto por un providencial designio que nuestra limitación adivina o presiente sin poder abarcarlo, por entero, en toda su grandiosidad.

LA LÍNEA HISTÓRICA DE LA MEDICINA.

Para recorrer todo el largo camino de su evolución y para alcanzar sus altas finalidades, ha seguido la Medicina una *línea histórica*, sumamente accidentada y discontinua, que dista mucho de ser constantemente ascensional, porque se suceden en ella las más bruscas elevaciones, los descensos más rápidos y las más desconcertantes soluciones de continuidad. Esta trayectoria, aparentemente arbitraria y desordenada, conduce, sin embargo, a un perfeccionamiento y si unimos entre sí —como pudiera hacerse en la gráfica de cualquier fenómeno de movimiento— los vértices o puntos culminantes de cada una de las ondas sucesivas del impulso, observaremos que la Historia de la Medicina es, en síntesis, el relato de un constante progreso, pese a los accidentes del camino; no obstante los transitorios estancamientos y retrocesos, y las bruscas interrupciones, que parecen cortar para siempre el hilo histórico de nuestra Ciencia, volvemos, una y otra vez, a encontrar la senda que parecía perdida. Este constante y providencial retorno a la verdad, este volver continuo desde la obscuridad hacia la luz, nos demuestra claramente que el progreso —cuyo instrumento es el hombre— obedece a un mandato divino, impuesto desde lo alto y consumado con arreglo a leyes que no podemos descifrar ni comprender.

El carácter discontinuo y alternante de la Historia de la Medicina en la que se suceden fases luminosas o de acierto, y épocas oscuras, de fracaso y de derrota, imponen la sistematización de su estudio para no perderse en una laberíntica confusión.

El exponer la historia médica de una manera metódica no impide, sin embargo, una cierta flexibilidad en la interpretación de los hechos. Ninguno de éstos termina con matemática precisión ni comienza o arranca de un punto perfectamente determinado; todo lleva en sí la simiente de lo que será y todo encierra una supervivencia de lo que fué; como ha dicho LEIBNITZ “lo presente, producto de lo pasado, engendra a su vez lo futuro”. Por eso, observamos en la Historia de la Medicina las más extrañas interferencias entre épocas distintas, así como fenómenos de recurrencia o retroceso hacia ideas lejanas, muy antiguas, que parecían olvidadas para siempre; como dice CASTIGLIONI,

“con recursos maravillosos, el pensamiento médico va de un demonismo primitivo a la moderna terapia sugestiva, de la organoterapia bíblica a la opoterapia, de la patología humoral de HIPÓCRATES a la endocrinología”.

Y es que, los hechos humanos y el desarrollo de la ciencia de los hombres, adoptan un ritmo tal y se encadenan entre sí de tal manera que no es posible desarticularlos; por tal razón, al contemplar cada período del desarrollo de la Humanidad, hemos de retroceder a los anteriores para darnos clara cuenta de su origen y motivación; es decir, que cada época histórica —cauce y depósito, a la vez, de misteriosas corrientes vitales— encierra el germen de la edad siguiente y lleva en sí misma las causas de su propia declinación y acabamiento.

Todas estas circunstancias, incluso las de aparente desorden, no hacen otra cosa que consolidar el nexo histórico existente entre todos los hechos, aún aquellos que parecen más lejanos y desemejantes.

La historia del pensamiento médico y, por lo tanto, del progreso de la Medicina, es la información fiel y documentada de una lenta y continua observación del dolor humano, de sus causas y sus remedios; de esa observación, atenta y perseverante, han surgido las ideas, algunas de tanta transcendencia y tanta fuerza creadora, que han llegado a revolucionar la ciencia médica de una época entera. La interpretación de los hechos observados y la divulgación de las ideas, resultantes de su análisis, han constituido la labor de hombres excepcionales que luchando muchas veces con la incomprensión y la rutina, han sabido vencerlas dejando iluminado para siempre el camino del progreso futuro.

De vez en cuando, el acontecer histórico sufre exaltaciones críticas, de intensa luminosidad y de un gran poder renovador. Son los momentos solemnes en que se imprimen nuevos rumbos a la vida de la humanidad o en que, ideas y sentimientos antiguos, entran en cauces nuevos. Lo mismo que en la Historia general, en la particular de cada ciencia, se originan esos instantes decisivos; por su brillantez y por su dramática tensión, marcan puntos culminantes que iluminan toda una época histórica.

El primero de esos instantes de plenitud, en la historia médica, está representado por la Medicina griega, cuajada de valor simbólico y rebosante de fuerza ejemplar.

EVOLUCIÓN DE LA MEDICINA
GRIEGA. — HIPÓCRATES. — EL
“CORPUS HIPPOCRATICUM”.

El Arte de curar había atravesado sus más difíciles tiempos y llevaba recorrida la parte más áspera del camino que había de conducir al hombre, desde los más ténues albores de la civilización, hasta la constitución de una auténtica doctrina científica. Habían pasado los primeros y oscuros períodos de la Medicina instintiva de la Prehistoria; estaban agotándose las derivaciones mágicas y totémicas de la Protohistoria, así como el misticismo gentílico e idolátrico de las civilizaciones orientales; habíase esbozado, en la singular cultura egipcia, una medicina, con ciertos vislumbres filosóficos, impregnados de hermetismo y de sentido esotérico que perduraron, todavía, en la ciencia iránica o indo-europea y en la de los pueblos del Extremo Oriente. En todas estas fases existieron, sin duda, los gérmenes de una naciente cultura médica; unos, fructificaron y, otros, quedaron como dormidos y latentes. Todos ellos adquirieron nueva vida al calor del genio helénico; es en la Hélade, donde había de comenzar el desenvolvimiento de una observación médica objetiva y sagaz, de un discurrir filosófico y sereno, acerca de las causas y evolución de las enfermedades, de una organización admirable de la Medicina, como profesión, y de la enseñanza de la misma.

La Medicina griega atravesó por distintas fases de evolución interna; la primera de ellas, es la llamada etapa mitológica: es la época de la Medicina homérica en que, el mito de Asclepios, representa un conjunto de noticias nosográficas y de prácticas terapéuticas primitivas, no llegadas aún a la madurez que habían de lograr en períodos ulteriores. Con ser éste un período interesantísimo y de una gran belleza poética, no tiene, sin embargo, el alto valor científico de las fases que le suceden en las que la Medicina va desarrollándose de un modo paralelo al progreso general de la cultura. Iniciadas las escuelas filosóficas, la de Mileto, o Jónica, la Itálica, fundada por PITÁGORAS, y, después, las enseñanzas de ALCMEÓN, HERÁCLITO y EMPÉDOCLES, aún permanece la Medicina formando cuerpo con el saber filosófico de la época que constituye un enciclopedismo, brillante, pero todavía indiferenciado. Tras

estos primeros esfuerzos, sobreviene el momento cumbre de la Medicina griega; pocos períodos de la Historia de las ciencias médicas merecen tanta atención como este, para juzgarlos y definirlos. En un momento en que SÓCRATES lo llena todo en Filosofía, aparece HIPÓCRATES que, mereciendo el mismo rango de las más ilustres figuras de la Filosofía y el Arte helénico, es un ejemplo clarísimo de la acción potente y creadora de una individualidad genial que supera y se adelanta a su tiempo.

La gloria no le fué esquivada ni llegó tardíamente a coronarle —como ha acontecido a otros hombres excepcionales—. Entre sus contemporáneos y entre sus inmediatos sucesores, era ya conceptuado como un hombre de gran relieve y su figura llegó a adquirir ciertos matices legendarios que, en fuerza de ser admirativos, desdibujaron su contorno. Ha sido considerado inmortal y semidivinizado, como HOMERO y, también como al viejo rapsoda ciego, se le ha negado hasta la propia realidad, tangible y palpitante, de su existencia. Precisamente en la escuela alejandrina, la compilación de sus textos fué una de las principales tareas, hasta llegar a formarse todo un cuerpo de doctrina, denso y minuciosamente codificado, en el que un exceso de celo, un hipocratismo a ultranza no fué, tal vez, demasiado escrupuloso para establecer una clara diferenciación entre lo que era obra del maestro y lo que se debía a sus discípulos y al espíritu de su escuela. Como en el caso de HOMERO, los críticos y exégetas han llegado, en algunos casos, a los mayores extremos negativistas y poco ha faltado para poner en tela de juicio la existencia del famoso maestro. La propia unidad de su obra —en la que, si no todo es suyo, lleva, por lo menos, el soplo de su inspiración— y el testimonio de sus más insignes coetáneos son pruebas irrecusables de la realidad terrena de su vivir, útil y benéfico, y de sus enseñanzas, que han resistido la prueba del tiempo.

Lo excelso de su mentalidad y, sobre todo, la austeridad de su conducta y la amorosa preocupación por sus enfermos, nimbaban con luces claras de genio y de bondad esta cabeza reflexiva del hijo de HERACLEIDE, discípulo de DEMÓCRITO y descendiente del linaje de los ASCLEPIADES. Quizás la sugestión ejercida por la intensa irradiación de su personalidad desvió hacia lo mítico y fabuloso el juicio de sus adeptos más entusiastas. Queda, sin embargo, el testimonio de la admiración de hombres —como él, geniales— e insobornables por la pasión: así, cuando PLATÓN le compara con POLICLETO y FIDIAS, cuando ARISTÓTELES le llama el “Grande” y GALENO lo reverencia como “el admirable inventor de todas las cosas bellas”, se desvanecen las dudas que soliviantan

a algunos espíritus demasiado meticulosos o exageradamente pesimistas.

El *Corpus Hippocraticum* es una montaña del saber, es el resultado de la sistematización impuesta por un prodigioso entendimiento y es, principalmente, el ascua encendida de un espíritu noble, limpio de egoísmo y enamorado del Bien. Como los constructores de las más famosas Catedrales, HIPÓCRATES debió mucho a la colaboración de cuantos le ayudaron a levantar la maravillosa fábrica; coadyuvaron a su esfuerzo, desde los más inteligentes discípulos hasta los más humildes picapedreros, pero el templo lo levantó el genio de quien supo concebirlo y convertir en realidad física y grandiosa lo que había comenzado por ser imaginación, incorporeidad y ensueño.

En el conjunto, amplio y profundo, de la medicina hipocrática, se destacan varios aspectos fundamentales que la caracterizan y que legitiman el preeminente lugar que se le asigna en la Historia general de las Ciencias médicas. El rasgo primordial, consiste en la objetiva y escrupulosa observación de la realidad; no obstante los conocimientos imperfectos y, a veces, erróneos, de la Anatomía y la Fisiología, errores propios de su época, la medicina hipocrática alcanza un valor trascendente por estar fundada, de un modo exclusivo, en la experiencia adquirida junto al lecho del enfermo; el razonamiento lógico, genuinamente inductivo, con que se eleva desde los hechos clínicos hasta llegar a sus posibles causas, presta a la obra de HIPÓCRATES un sabor filosófico, severamente científico, que libera para siempre a la Medicina de las supersticiones mágicas y del empirismo rutinario. Otro de los conceptos básicos de esta escuela médica, es la doctrina humoral, fundada en un principio que revela la clarividencia de su autor, cuando afirma en su libro "DE LA ALIMENTACIÓN": "Todo se funda sobre un único confluir de todos los humores, sobre una única concordancia, una única simpatía". Tales principios, parecen anticiparse a nuestras ideas actuales sobre las correlaciones funcionales y la solidaridad interorgánica, mantenidas por el sistema endocrino-simpático, que han devuelto su actualidad a la antigua patología humoral y al hipocratismo.

Por fin, y para que nada escape a la actividad y perspicacia de HIPÓCRATES, se debe a esta figura prócer de la Medicina una renovación completa de los modos de enseñar "EL ARTE" a sus discípulos, encariñándoles con el método socrático, de atenta y ecuaníme observación de la Naturaleza, e inculcándoles las más severas normas de ética profesional que no han perdido, hoy día, ni un ápice de su valor ejemplar y de su humana y viva actualidad.

HIPÓCRATES Y LA ESCUELA DE COS. — SUCESOES Y HEREDEROS DE HIPÓCRATES.

Cuando DEMÓSTENES, en sus famosas oraciones, lloró el desastre de Queronea y lanzó sus Filípicas, encendidas de un gran amor a su Patria y rebosantes de indignación ante la creciente supremacía de Macedonia; cuando, declinando el período ático de la vida griega, alboreaba el período ecuménico, del que FILIPO era el precursor y su hijo ALEJANDRO había de ser más tarde el propulsor decisivo; cuando la luz tibia del ocaso señalaba la decadencia militar y política de Grecia, florecía en ella una legión de hombres insignes que mantenían el alto prestigio de la cultura helénica. En esta época, la obra de HIPÓCRATES estaba realizada; llegada a su plenitud, iba a comenzar para el *Corpus Hippocraticum* la fase de expansión y, desbordando el reducido ámbito de la pequeña isla de las Espóradas en que había nacido, recorrería el mundo triunfalmente, cumpliendo así un destino secular. La Escuela de Cos, nacida en la Dórida —la bella constelación insular alabada en los poemas homéricos— había sido la cuna de HIPÓCRATES y llegaría a ser la sede y la metrópoli del hipocratismo. Llevaba en su entraña fecunda un sino de dispersión y, al fin, de agotamiento. Por una predestinación simbólica, la isla de Cos sería tolemáica y, por último, romana; había de sufrir todos los avatares de la cultura helénica y de su heredera, la civilización helenística; jónica y dórica en sus raíces, llevaba en sí la misma antinomia del propio HIPÓCRATES, dorio de origen y maestro en el habla jónica —como todo hombre de ciencia de su tiempo—; alejandrina, después, pasaría a formar parte del reino amplísimo de los TOLOMEOS y, ella, que había sido cuna del saber médico de los griegos, quedaría obscurecida, andando el tiempo, por la Escuela de Alejandría en la cual habría de librarse enconada disputa entre los ardientes defensores del hipocratismo y sus tenaces adversarios. Por fin, decadente Alejandría, y absorbida por el imperio romano, las enseñanzas de Cos se incorporarían a la ciencia universal bajo el signo latino; después, resistiendo a los más terribles cataclismos históricos, se conservarían a través de los siglos medievales que hubieron de entregarlas al mundo moderno como un legado de valor inestimable, susceptible todavía, en la época actual,

de maravillosas revitalizaciones y supervivencias que constituyen un prodigio.

Corría ya el siglo II de nuestra Era, cuando se contemplaba aún, entre Larisa y Gyaretta, el sepulcro de HIPÓCRATES, conservado entre el respeto y la veneración de los hombres, durante varios siglos. Una poética leyenda atribuía virtudes salutíferas a la miel que elaboraba un enjambre de abejas que habían anidado en los muros del panteón del sabio médico. Las gentes candorosas que perfumaban la memoria del ilustre griego con un aroma de tradición, no hubieran podido comprender lo que ésta encerraba de valor simbólico. Han sido muchas las generaciones de la colmena humana que han libado en las flores cercanas a la tumba de HIPÓCRATES y que han podido curar a sus semejantes —o aliviarles, al menos— con la miel de los panales que afanosamente trabajó el sabio anciano, durante su vida entera.

Cuando HIPÓCRATES descansó bajo la tierra de Larisa, quedó abierta una extensa y brillante epigonía compuesta por sus descendientes y discípulos. La Escuela de Cos llevaba largo tiempo entregada a una perseverante labor constructiva; HIPÓCRATES la había convertido en Cátedra de su enseñanza innovadora y en foco de irradiación de sus doctrinas; era natural que, habiendo alcanzado su plenitud, sobreviniera la fase de expansión de todas aquellas ideas que representaban el patrimonio, tan penosamente conseguido, de esta gloriosa escuela médica. Cuantos habían aprendido en ella, se esforzaron por difundir las enseñanzas del maestro y adquirieron un renombre —merecido sin duda— pero, también, reflejo de la gloria del que supo transmitirles claras ideas y luminosas concepciones.

Muchos de ellos —tal vez los que más directamente estaban relacionados con HIPÓCRATES— sintieron un impulso de dispersión en el que entraba, por una parte, el afán de difundir los conocimientos aprendidos en Cos, y de otra, quizás, una legítima ambición despertada al ver con cuanta frecuencia eran requeridos por los magnates de la época, ganosos de tener junto a sí a tales médicos, que traían el marchamo y garantía irreprochable de su procedencia. Los propios hijos de HIPÓCRATES, TESSALO y DRACÓN, fueron los primeros en abandonar el solar paterno y se dirigieron a Macedonia; el primero de ellos, reclamado por el Rey ARQUELAO, ejerció sus funciones de médico de la corte en el suntuoso palacio del monarca macedónico el cual experimentaba la misma fascinación por la ciencias y las artes helénicas que habían de sentir después sus próximos sucesores, FILIPO y ALEJANDRO. DRACÓN, el segundo de los hijos del gran maestro, transmitió el

nombre de éste a un hijo suyo, llamado HIPÓCRATES IV, que supo responder a su linaje ilustre distinguiéndose en el ejercicio del “Arte” hasta el punto de ocupar el puesto de médico de ROXANA, la esposa de ALEJANDRO, siendo fama que salvó su vida, comprometida por una grave dolencia. Tal vez, entre los familiares de HIPÓCRATES, el que tuvo más acusada personalidad científica fué su yerno, POLIBIO, consecuente divulgador de muchos de los escritos y pensamientos que más adelante figuraron en el *Corpus Hippocraticum*. También DEXIPPOS, discípulo directo de HIPÓCRATES, fué llamado por HECATOMNIOS, rey de Caria, para asistir, en el campamento, a dos príncipes gravemente enfermos. En fin, otro discípulo de Cos, CRITODEMO, fué médico de ALEJANDRO MAGNO y consiguió un brillante éxito extrayéndole una flecha de una de sus heridas.

Resulta el claro exponente de un interesante fenómeno psicológico colectivo, este curioso mecanismo de la *exportación* de médicos ilustres que, protegidos por el prestigio de su escuela, pasaban a ocupar tan altos lugares, cerca de los soberanos de otros países menos adelantados que Grecia. Macedonia es el prototipo de estas nacionalidades retardadas, de raza helénica. Vecinos fraternos del pueblo griego, sintieron los macedonios una verdadera fascinación por su maravillosa cultura: ARQUELAO, FILIPO, ALEJANDRO, son demostrativos ejemplos de esa admiración y reverencia hacia todo cuanto significara saber helénico; si ambicionaron dominar en Grecia, no fué para sojuzgarla, ni con fines de una avarienta inclinación; querían poseerla porque la amaban y trataron sólo de salvarla de sus propias y disolventes rencillas interiores, infiltrando en su espíritu la rigidez de una autoridad y, en su cuerpo social y político, la organización de un estado imperialista con la pretensión de impedir la desintegración y desgaste de las “ciudades-Estados” excesivamente autónomas; para conseguir tales fines valiéronse los macedonios, como de una férula, de un firme criterio nacional, dotado de una sólida estructura e inervado, a la par, por aspiraciones universalistas.

No todos los discípulos de Cos sintieron la tentación de honores, preeminencias y ventajas materiales. En muchos de ellos, fructificó la generosa siembra que había realizado el maestro y supieron mantenerse en la posición austera de verdaderos hombres de ciencia, consagrados a la inacabable tarea de combatir el dolor humano, profundizando en el estudio de sus causas y de sus posibles remedios.

SURGE EL DOGMATISMO HIPOCRÁTICO.

Como resultado de tan plausibles estímulos, se sucedieron los esfuerzos, tenazmente realizados por los herederos de HIPÓCRATES, para la continuación de su obra. Notables figuras se destacan, entre una larga teoría de continuadores, pero es forzoso reconocer que, después de HIPÓCRATES, se produce una solución de continuidad —inevitable, porque, lo extraordinario, exige un largo plazo para repetirse. Después del genial creador de la doctrina hipocrática, los hombres que le sucedieron eran, sin duda, inteligentes y estudiosos; casi todos ellos reverenciaban la obra del maestro, pero, tal vez por eso mismo, por un exceso de respeto y no atreviéndose a profanar su valioso legado, pecaron de un rígido formalismo que cuidaba más de la inmutabilidad de la doctrina que de la personal investigación. Les hubiera bastado, para evitar esa detención de la trayectoria hipocrática, con observar fielmente las normas trazadas por el propio maestro cuando decía, con maravillosa antevidencia: “La Medicina existe desde muy antiguo. No sólo ha descubierto principios fijos, sino también la vía que ha conducido a una infinidad de verdades preciosas. El que con talento dirija estas observaciones, partiendo de las verdades comunes, las aumentará; pero aquél que, por el contrario, siga otro camino y presuma de haber hallado estos dogmas fundamentales se engañará a sí mismo y a los demás”. Con asombrosa presciencia, al par que con pasmosa facilidad, le es posible al genio anticiparse al tiempo y prevenir los peligros del estancamiento. En cambio, los hombres tan inteligentes, que aprendieron de HIPÓCRATES, perdieron la ruta que les había señalado su propio iniciador y maestro, y, esto, no por infidelidad a sus doctrinas sino, al contrario, por un excesivo sometimiento.

Las palabras del propio HIPÓCRATES, que acabamos de transcribir, le salvan de toda posible responsabilidad en las orientaciones ulteriores de sus propios discípulos. No se abrazó jamás a las ideas preconcebidas ni a los apriorismos sistemáticos sino que, serena y humildemente, fué procurando analizar los fragmentos de la verdad científica que la realidad de su oficio le presentaba cada día. Aconsejando siempre la atenta y ecuánime observación de la naturaleza, no intentó aplicar un procedi-

miento deductivo para la construcción de la ciencia médica sino que siguió, fiel y obstinadamente, el método inductivo, gracias al cual pudo elevarse, muchas veces, desde la contemplación de los hechos hasta sus conexiones generales y sus últimas causas.

Jamás sufrió un ensoberbecimiento ni una tentación de pedantería; percibió —porque era muy sensible, al ser muy inteligente— el apretado tejido que formaban a su alrededor los hilos del pensamiento filosófico de su época; más, consecuente con su preocupación metodológica, supo discernir que la Medicina, ciencia natural y de observación, tenía que seguir el estrecho y árido camino del método inductivo sin poder precipitarse a las geniales construcciones del espíritu que vuela, ambicioso, en alas de la deducción. Y, sin embargo, de percatarse con tanta claridad de las diferencias entre la Filosofía y la Medicina, en una época en que esos deslindes no eran fáciles, afirma que: “El médico que al mismo tiempo es filósofo es semejante a los dioses”, al par que, aconsejando, dice: “La tarea es aprenderlo todo lo más exactamente para cometer únicamente pequeños errores... La verdad absoluta sólo puede verse raramente”.

En el período histórico sucesivo al hipocrático, se distinguieron algunos médicos de la Escuela de Cos y otros de la de Cnido; entre una y otra escuela existía, desde muy antiguo, una sostenida emulación, teñida con matices de rivalidad. Es cosa habitual y corriente, entre los tratadistas de Historia de la Medicina, el afirmar que se produjo en esta época una tendencia a la orientación deductiva, bajo la influencia —entonces imperante— de tipo filosófico-naturalista, que imprimió a la Medicina hipocrática —tan varia y múltiple en su origen— un carácter sistemático; según el modo de ver de los historiadores que así opinan, la necesidad de llenar las lagunas que la Medicina de Cos ofrecía, en lo referente a Anatomía y Fisiología, y el apremiante deseo de convertir las enseñanzas de HIPÓCRATES en algo accesible y práctico que fuera utilizable por todos, condujo a la producción de una inclinación filosófica, o deductiva, que transformó la primitiva doctrina —tan flexible y persuasiva en su esencia— en un sistema rígido y conceptuoso, impregnado de dogmatismo, que originó la llamada escuela de “los dogmáticos” formada por los médicos post-hipocráticos que siguieron esa corriente.

Sin mengua del respeto a la indiscutible autoridad de los escritores médicos que así opinan, declaramos que no nos convence su explicación acerca del fenómeno histórico del *dogmatismo hipocrático*. En primer lugar, los tiempos de los filósofos naturalistas estaban ya suficientemente lejanos para que influyesen de manera tan decisiva en los conceptos mé-

dicos. Las más culminantes personalidades de la Filosofía helénica —SÓCRATES, PLATÓN, ARISTÓTELES— proyectaban la luz de sus ideas que absorbían el pensamiento de los sabios de la época a que nos referimos y que habían relegado a un término secundario y lejano las ideas de jónicos y pitagóricos.

En cuanto a la razón referente al supuesto propósito de los dogmáticos, de compensar la insuficiente base anatómica y fisiológica del *Corpus Hippocraticum*, nos parece francamente pueril pues, si así se lo hubieran propuesto, no habrían escogido el camino deductivo sino que, prefiriendo el examen objetivo y experimental —como se hizo más adelante en la Escuela de Alejandría— hubiéranse consagrado al estudio morfológico del organismo humano y de su funcionamiento fisiológico.

La razón de ser del dogmatismo hipocrático, insinuada líneas arriba, es —a nuestro juicio— menos rebuscada y más lógica. No es otra cosa que la resultante del aminoramiento del impulso, consecutivo a la desaparición de HIPÓCRATES y a la desproporción entre su talla gigantesca y la de sus discípulos y sucesores. Estos, sin darse cuenta de ello, y por una explicable y humana preferencia por aquello que aprendieron de labios tan magistrales, no eran capaces de renovar las doctrinas que se habían acostumbrado a reverenciar desde que se iniciara su educación médica. Al fin y al cabo, procedieron con mayor modestia y más noble sinceridad que aquellas otras generaciones de discípulos que, en muchas ocasiones históricas, se han afanado por emanciparse de la tutela magistral alardeando de una petulante rebeldía más parecida a la brutal iconoclastia que al espíritu innovador, ya que, éste, es capaz de superar al pasado sin necesidad de agraviarlo ni tratarlo con desdén.

LA EMULACIÓN ENTRE LAS ESCUELAS MÉDICAS DE COS Y DE CNIDO.

La Historia de la Medicina no terminó en la colección hipocrática, por muy alto que fuera el valor de esta "*summa*" médica. Sin embargo, en el momento de transición a que nos venimos refiriendo, sufre la Medicina griega si no un estancamiento, o un retroceso, un evidente retraso en su marcha progresiva. Comienzan a surgir, entonces, sistemas o escuelas de la Medicina, cada una de las cuales tenía una visión particular, casi específica, de los problemas referentes a la salud del hombre.

La dificultad de historiar este período obedece a esa variedad de opiniones —muchas de ellas sistemáticas y preconcebidas— que producen un enmarañamiento ideológico que no es fácil desenredar.

La primera escuela médica de este tiempo, acerca de la cual poseemos una clara información, es la de Cnido, colonia lacedemonia en la Doria Asiática y cuyo origen parece remotísimo. Los maestros de Cnido acostumbraban a enumerar, de manera muy detallada, los fenómenos sintomáticos propios de cada enfermedad, haciendo de ellos una prólija descripción y una clasificación muy compleja. Las ideas básicas se recogieron en una serie de "*Sentencias*" que representan una minuciosa enumeración de síntomas, recogidos y ordenados con sujeción a una pauta que recuerda la meticulosidad descriptiva de los famosos papiros médicos egipcios; de ello resultan los tratamientos, habitualmente sintomáticos, y un menosprecio del estado general del enfermo. No estuvieron los médicos cnidianos demasiado propicios a aceptar las ideas hipocráticas que, informadas en el espíritu de la escuela de Cos, representaban una visión antagónica de los procesos morbosos. Tal vez, por esa particular manera de ver, estrictamente localista, progresaron más, entre los cnidianos, la Cirugía y la Ginecología. En el siglo IV, a. de J. C., cabalmente, cuando se iba a operar la transición a que nos hemos referido, surge un hombre de innegable sagacidad y sentido médico, en la Escuela de Cnido: es CRISIPO que se levanta contra la práctica, indudablemente abusiva, de la sangría y administración de purgantes, preconizada por los hipocráticos, recomen-

dando, en sustitución de tales métodos, los vendajes de brazos y piernas, para hacer descender el exceso de sangre.

La vecina escuela de Cos, aparte su relación histórica con HIPÓCRATES y su obra, representa una condensación de la medicina griega, en los siglos V y IV, a. de J. C. El rasgo más notorio de la referida escuela, consiste en la gran importancia que se concede al curso general de la enfermedad y a la conveniencia de su predicción. No en balde, HIPÓCRATES, el más legítimo y glorioso representante de la escuela de Cos, afirmaba que es cosa excelente para un médico el cultivar la “*pronoia*”, es decir, anticiparse al relato del enfermo y saber de él, aún, antes de escucharle. En su libro del “*Pronóstico*”, aclara y define su concepto de la “*pronoia*” cuando afirma: “Prever y predecir, en presencia del enfermo, el pasado, el presente y el futuro de sus síntomas y explicar todo lo que los pacientes desatienden, servirá para que estos vean que se comprende su estado, y así estos hombres se entregarán confiadamente a su cuidado... De este modo ganará el justo respeto y será un buen médico. Con un pronto pronóstico estará en cada caso en mejor disposición para atender a los que tienen una probabilidad de sobrevivir, y previendo y declarando quiénes van a morir y quiénes van a vivir, evitará las censuras...”

Podría sintetizarse la impresión comparativa entre ambas escuelas con un juicio, tal vez demasiado esquemático, pero muy expresivo, expuesto por SINGER en el interesante capítulo de “*Medicina*”, (en el “*Legado de Grecia*”); dice el referido escritor inglés: “Lo mismo que los cniidios, con su división de las enfermedades según los síntomas, cargan el acento sobre la diagnosis y el tratamiento, los de Cos, conceden gran importancia a la prognosis y adoptan una actitud largamente expectante respecto a las enfermedades”.

MAESTROS POST-HIPOCRÁTICOS DE LA ESCUELA DE COS.

Entre los dogmáticos de la escuela de Cos, como figuras notables de la misma, en la segunda mitad del siglo IV y comienzos del III, brillan con luz propia DIOCLES DE CARISTO —discípulo directo de HIPÓCRATES— aun cuando parece que su formación se inició en Sicilia, y PRAXÁGORAS, discípulo de DIOCLES y, por lo tanto, nieto espiritual del anciano maestro de Cos.

Era DIOCLES, hijo del médico ARQUIDAMO y mereció ser considerado como el más eminente continuador de su maestro, hasta el punto de habersele denominado por sus contemporáneos con el honroso sobrenombre de “*Hipócrates el Joven*”. Mucho mejor informado de la Anatomía que sus contemporáneos, les supera en cuanto a su visión clínica. De toda su escuela, es DIOCLES, aquel en quien más claramente se observa que su pensamiento, independiente y elevado, sin llegar a apartarse de las normas hipocráticas fundamentales, trata de desligarse de las ataduras del dogmatismo. Inicia una tendencia, que había de acentuarse con el tiempo, hacia los estudios anatómicos; así lo demuestran sus descripciones de la válvula íleo-cecal, los uréteres y el ovario. Con una clara intuición —y ésta es de raíz netamente hipocrática— afirma que la fiebre no es más que un síntoma, consecuencia de la enfermedad y no la misma enfermedad y, generalizando, se esfuerza por hallar el nexo entre las causas de las enfermedades y sus manifestaciones sintomáticas. No hace con esto sino seguir la directriz trazada por HIPÓCRATES; en los escritos del maestro se repite la insinuación de tales ideas que, en algún punto, formula con toda claridad; por ejemplo, cuando afirma: “Las enfermedades son crisis de purificación o eliminación. Los síntomas son la defensa natural del cuerpo. Nosotros los llamamos enfermedades, pero en realidad no son sino la curación de la enfermedad. Todas las enfermedades son una misma, y su causa es una misma en todas ellas, aunque se manifiesten por medio de diferentes síntomas, de acuerdo con la determinada parte del cuerpo en que aparezcan”. Como se ve, por muchos que sean los merecimientos de los herederos de HIPÓCRATES, siempre se proyecta sobre ellos la luz potente del que supo adoctrinarlos y trazarles un camino. Con la tendencia

enciclopédica propia de su época, DIOCLES dirigió su atención hacia otro género de conocimientos, lo cual le permitió escribir un libro de botánica médica que había de ejercer su influencia en el propio DIOSCÓRIDES, a través de sus precursores CRÁTERES y SEXTIUS NIGER. Después de DIOCLES, su discípulo PRAXÁGORAS DE COS, continúa la lista de los dogmáticos y, siguiendo la misma orientación acerca del valor semeiológico de ciertos fenómenos orgánicos, fué el primero en estudiar el pulso, de un modo científico, aplicando sus observaciones al diagnóstico de las enfermedades y convirtiéndolas en una verdadera doctrina que ampliaba, aclarándolos, los hechos escuetos que, a la manera cotidiana, había insinuado, antes que él, CRISIPO, cuando señaló como síntoma cardinal de la fiebre el aumento del número de pulsaciones.

Fué PRAXÁGORAS DE COS, el último de los ASCLEPIADES que menciona la historia y, según se cree, era descendiente de HIPÓCRATES. Reúnenle en él estos dos interesantes aspectos de su personalidad que se suman a su propio e innegable valer. Como su maestro, mostrábase muy inclinado al estudio anatómico y parece que disecó gran número de cadáveres humanos. Pensó, como ARISTÓTELES, que las venas nacen del corazón, sin confundirlas con las arterias, conforme habían hecho todos sus precursores —el propio HIPÓCRATES entre ellos— pero afirmando que sólo contenían aire o espíritu vital.

No sólo aparecen figuras notables de la Medicina de esta época en las famosas escuelas de la Hexápolis Egea, sino que también llegan luces nuevas de la Magna Grecia; así, FILISTIÓN DE LOCOI, de la escuela de Sicilia, resucitando ideas que EMPÉDOCLES había expuesto ya y, con una explicable inclinación y simpatía, nacida de su condición itálica, renueva las ideas del sabio de Agrigento estableciendo un concepto neumático de la enfermedad, debida, según su opinión, a un trastorno de la respiración pulmonar y de la perspiración cutánea.

LOS GRANDES FILÓSOFOS GRIEGOS Y LA MEDICINA.

En suma, cuando comenzaba el siglo IV a. de J. C., HIPÓCRATES había entregado a la cultura de su patria una doctrina médica, fundamentalmente humoralista, un método de investigación, consistente en la observación serena e inductiva de los hechos, y unas normas éticas, de admirable austeridad, para el ejercicio de la Medicina.

Aún descartando, por ser tema árduo y de difícil solución, las dudas acerca de la propia personalidad de este hombre simbólico y casi mítico; aún aceptando como obra suya, o realizada por sus discípulos, toda la que ha sido escrita o respaldada con su nombre, es preciso reconocer que en la doctrina hipocrática —como en todo fenómeno cultural— existen unas raíces que la ligan al pasado y unas ramificaciones que se expanden y penetran en lo que está por venir. HIPÓCRATES, representa y ocasiona una honda transformación del pensamiento médico, en la que entra por mucho su propia y deslumbrante originalidad, pero que es también consecuencia de todos los esfuerzos realizados por los filósofos, médicos y biólogos —pues todo lo eran a la vez— de las Escuelas Jónica e Itálica. Las ideas de ALCMEÓN, de los pitagóricos y de EMPÉDOCLES, son savia nutritiva del tronco añoso y gigantesco que nació en Cos y extendió su ramaje por la Hélade, primero, y después por todo el mundo occidental. Incluso, si se profundiza más en el análisis de la fisiología hipocrática, veríase la posibilidad de armonizar las corrientes babilónica y egipcia que, confluyendo en un sólo cauce, llegaron hasta la civilización helénica, toda ella tan peculiar y autónoma, más, al propio tiempo, tan receptiva y acogedora.

La obra médica de HIPÓCRATES era un legado del siglo de PERICLES; respondía a las características de plenitud y fecundidad, propias de su época. Por eso, procedente del siglo V, iluminó a la Medicina del siglo IV, que no pudiendo mantenerse a igual altura que en la centuria precedente, iniciaba una curva de descenso, de decadencia, para emprender más tarde un nuevo rumbo ascendente, con el apogeo de la civilización helenística. En ese momento de declinación que representa el dogmatismo hipocrático; cuando éste —como si realizara un instintivo esfuerzo de conservación— procuraba inmovilizar la doctrina para que

no se extinguiera, surgió una nueva influencia vitalizadora y benéfica que, llegando desde el campo de la Filosofía, iba a ofrecer nuevos horizontes para la Medicina —diríamos mejor, para la Biología. La inagotable capacidad creadora del mundo helénico, contrarrestando su propia decadencia social y política, produjo en este instante un doble y transcendental acontecimiento: la aparición de dos mentalidades gigantescas que revolucionaron las ciencias mediante una sucesiva y concatenada actividad. La gloria y la salvación del siglo IV, en que tantos peligros existían para la independencia de Grecia y tan graves circunstancias amenazaban su cultura, no fué obra de guerreros ni políticos, de estrategas ni gobernantes; dos hombres de ciencia, dos filósofos: PLATÓN y ARISTÓTELES, enriquecieron de tal modo la sabiduría griega que, además de levantarla a incommensurable altura, la perpetuaron, a través de los tiempos, en una luminosa proyección que había de llegar a los países y los siglos más remotos.

La ciencia de la Academia y del Liceo no podía quedar separada, y como indiferente, con respecto a ciertos problemas de la vida humana, en su aspecto físico. Todavía, en esta época, la ciencia toda se hallaba confinada dentro de los límites de la filosofía, que continuaba abarcando todos los conocimientos que el hombre es capaz de adquirir por sí mismo. Dentro de este amplísimo conjunto, quedaba incluida la medicina, ya que ésta no se reducía solamente a ciertas prácticas curativas sino que, teniendo por objeto el estudio del cuerpo humano y de su funcionamiento, había permitido establecer la clásica correlación entre el macrocosmos universal y el microcosmos humano. En realidad, quien inició o, al menos, impulsó este estudio, fué HIPÓCRATES que, conduciendo la ciencia por el camino de la observación y la experiencia, era el verdadero fundador de la Medicina científica. No obstante lo incompleto de sus conocimientos anatómo-fisiológicos y, a pesar de que las disecciones en el cadáver no estaban permitidas por la costumbre —lo cual obligaba a proceder por analogías con otros organismos animales— este método, pese a sus imperfecciones, había conducido a HIPÓCRATES a la convicción de que las manifestaciones patológicas obedecían a leyes y de que el ambiente ejercía sobre ellas cierta influencia.

La filosofía griega, en su primera etapa naturalista, había estado mucho más cerca del mundo físico que del espiritual, como lo prueba el título de muchas de sus obras que toman el nombre de “estudio de la naturaleza”. El griego, colocado ante el mundo circundante, no reaccionó, como el oriental, dejándose abrumar por una preocupación mítica y teosófica, sino que, apenas sale de su asombro, exteriori-

zado por él en los cantos bellísimos de sus poemas mitológicos, mira en derredor y principia a describir lo que ve, con notable clarividencia y con una metodización científica. Hasta que sonó por primera vez el “*nosce te ipsum*” socrático, no principiaron los filósofos a adentrarse en sí mismos para mejor conocer el mundo interior del alma y, como consecuencia, el material, o físico, que representa el *substratum* corporal.

Cuando ya estaba edificado todo el cuerpo de doctrina que había de constituir la ciencia hipocrática, surgieron en el mundo helénico las figuras gigantescas de PLATÓN y ARISTÓTELES que habían de influir, durante muchos siglos, en la evolución intelectual y filosófica de la humanidad. Diríase que, si fuera preciso enriquecer la exuberante y poética mitología helénica con una fábula de colosos del saber y con un ejemplo simbólico de la sublime función docente, no habría para ello un tema tan adecuado como este eslabonamiento que une, con cadena de magisterio y discipulado, a SÓCRATES, maestro de PLATÓN, y, a éste, con su discípulo ARISTÓTELES.

Cuando SÓCRATES —el hombre humilde e hijo de demiurgos— deambula por el Ágora y las calles de Atenas, dialogando con las gentes y practicando la “mayéutica”, para que percibieran la luz de la verdad, logró arrebatarse de admiración fervorosa a un joven aristocrático, de arrogante figura y noble espíritu, que fué el primero en medir la diferencia entre los sofistas —tornadizos y venales— y su maestro, tan firme y sereno, tan desinteresado y sencillo, tan enamorado de la verdad y del bien.

Ese discípulo, siempre reverente para su maestro, fué PLATÓN. Cuando, pasados los años, era él quien reunía a sus discípulos en el jardín de Akademos, conoció entre ellos a un joven recién llegado de la península Calcídica, hijo de un médico de la corte macedónica; el nuevo educando, llamado ARISTÓTELES, era inteligente y sagaz, ecuaníme y observador; recogía con avidez las enseñanzas de su maestro y no había para él ningún aspecto del saber humano que no fuera capaz de asimilar rápidamente.

Ninguno de estos tres grandes hombres, fué una copia o una repetición del anterior. Los tres, supieron salvar, sus respectivas y bien dibujadas personalidades, del peligroso servilismo en que puede degenerar el entusiasmo mal entendido de los adeptos incondicionales y mediocres; ninguno de ellos tuvo necesidad, para lanzar al mundo la afirmación de su propia valía, de acometer la empresa, mezquina y negativa, de menospreciar los méritos ajenos. Pudieron, incluso, existir divergencias o desacuerdos entre sus respectivas opiniones, divergencias

que algunos historiadores y biógrafos han procurado exagerar con una complacencia de mal gusto —porque también la malignidad puede entrar en el alcázar de Clío—; pero es lo cierto que, entre estos príncipes de la Filosofía griega, existieron siempre esas fuertes ligaduras afectivas que unen los corazones de maestros y discípulos a quienes Dios enlaza con vínculos tan parecidos a los que engendra la paternidad; como ellos, producen la estimación apasionada y el legítimo orgullo que siente el padre por los méritos del hijo, y, como ellos, engendran la cariñosa admiración filial que los hombres bien nacidos saben matizar de gratitud y de respeto.

No puede afirmarse, sin incurrir en inexactitud, que PLATÓN y ARISTÓTELES aportaran a la Medicina una contribución directa y específica, pero su relieve histórico es tan considerable, a causa de su grandeza y elevación, que no es posible admitir que escapase a su influjo ninguna rama del humano saber. Representan, sobre todo para el estudio de la época que estamos contemplando, un hecho interesantísimo que se refleja en todos los aspectos de la vida cultural del siglo IV. Son los últimos y potentes fulgores de la civilización griega cuando, pasando del período ático al alejandrino, o ecuménico, va a engendrarse la cultura helenística; es decir, cuando lo genuinamente helénico, desbordando un estrecho marco geográfico, se extiende por el mundo y se convierte en universal, pero conservando el sello indeleble de Grecia. Esta capacidad de perpetuación alcanza su más alto valor en PLATÓN y ARISTÓTELES quienes, sobrepasando a su tiempo, no sólo actúan como un puente, para pasar a la época que sucede inmediatamente a la suya, sino que atraviesan las edades y llegan, todavía con vitalidad y llenos de interés, hasta los tiempos modernos.

No sería exacto considerar a estos dos grandes filósofos como autores de estudios estrictamente médicos —aún cuando esté justificado el calificar de biólogo a ARISTÓTELES; pero, tampoco sería discreto silenciar sus nombres ilustres al hablar de la Medicina post-hipocrática. Lo que se nos antoja cosa absurda y carente de sentido es incluirles —como lo han hecho algunos— entre los “dogmáticos”. Ni PLATÓN ni ARISTÓTELES caben en la limitada jurisdicción de una escuela, ni podemos considerarlos como dogmatizantes del hipocratismo. Por pertenecer a su tiempo, estuvieron, sin duda, influenciados por HIPÓCRATES, en algunas de sus ideas biológico-médicas, porque los conceptos hipocráticos flotaban entonces en el ambiente; el propio ARISTÓTELES, hijo de NICÓMACO, médico de la corte de FILIPO, se formó en una atmósfera de hipocratismo, mas, de ésto, a considerarle como médico —en

el específico sentido de la palabra— y como un miembro más de la escuela dogmática, media una gran distancia.

Citemos pues, a los fundadores de la Academia y del Liceo, como dos figuras culminantes del saber helénico; señalaremos en qué puntos, relacionados con la ciencia médica, pudo notarse su influjo, sobre todo como preparación de la mentalidad helenística —de la cual es manifestación representativa la Escuela de Alejandría; ahora bien, renunciamos a encuadrar en un sistema o escuela determinados a quienes escapan de ellos por su propia magnitud. Como dice BALMES, en su “*Historia de la Filosofía*”: “... en las evoluciones del espíritu humano... no hay una sola órbita, sino muchas y muy diversas e irregulares; si se les quiere dar contornos demasiado precisos, hay peligro de desfigurarlas; en objetos de suyo expansivos, indefinidos, vagos, retratar con holgura es retratar con verdad”.

ALGUNAS IDEAS MÉDICAS DE PLATÓN.

Fueron siempre los griegos, elocuentes y rotundos definidores de las personas y las cosas y, sobre todo, grandes creadores de simbolismos dotados de una vigorosa calidad representativa. Cuando murió PLATÓN, octogenario, pero conservando despierta su poderosa mentalidad, supieron los atenienses honrar cumplidamente su memoria; enterraron el cadáver del maestro con gran pompa y solemnidad y cerraron su sepulcro con un epitafio que decía así: "APOLO engendró a dos varones: ASCLEPIOS y PLATÓN. El uno para que sanase el alma y el otro el cuerpo". Aparte la belleza metafórica de la frase, queda en ella determinado, claramente, que la esfera de la actividad platoniana se concretaba a los fenómenos del espíritu y expresa con precisión un concepto histórico de indudable veracidad. El templo de ASCLEPIOS fué lugar de curación de las dolencias físicas, materiales, y, los ASCLEPIADES, desde el hijo de APOLO hasta HIPÓCRATES, se mantuvieron consagrados a "sanar el cuerpo" de sus semejantes; en cambio, en el jardín de Academos —en cuyo pórtico se avisaba al visitante que se abstuviese de entrar si no sabía Geometría— las ciencias naturales no preocuparon demasiado; consideraba PLATÓN que el estudio de la Naturaleza era secundario y no fué tampoco inclinado a la experimentación. Embebido en altos ideales, concibió una teoría del mundo, de una acentuada tendencia ética; en esa teoría, lo referente al estudio biológico del hombre ofrece ciertos matices de un evolucionismo intuitivo y rudimentario, carente de toda base objetiva. Al dividir el alma en tres partes, una, concupiscible, otra, irascible, y, otra, racional, localiza la primera —el alma de los apetitos— en el vientre, la razón, en el cerebro, y, por fin, la irascible o afectiva, en el pecho, pero, todo ello, de un modo impreciso y vago y más bien en un sentido simbólico que con un propósito descriptivo.

A pesar de no existir en las doctrinas de PLATÓN un aspecto genuinamente médico, hizo en sus obras algunas alusiones al concepto de enfermedad en el cual se observan las influencias pitagóricas y empedocleas y, sobre todo, fundamentos hipocráticos.

Todo el sistema de PLATÓN, pugna con la práctica de la observación física y experimental. En el *Phedon*, expone que "no hay nada más racional que pensar con el pensamiento sólo, desprendido de todo ele-

mento extraño y sensible, aconsejando que se aplique la pura ciencia del pensamiento a la investigación de la esencia de cada cosa, sin el concurso de los sentidos, ni la menor intervención del cuerpo, porque todo esto no hace más que perturbar la sabiduría y la verdad, por poco comercio o roce que tenga con ellos. La esencia de las cosas no puede conocerse más que por esta vía".

Es pues evidente que, PLATÓN, aún para el estudio de las ciencias físicas, practicaba la meditación pura, la pura intuición mental. Preocupado por el principio de las causas finales, se esfuerza en buscar la explicación de muchos fenómenos físicos y fisiológicos, por el camino exclusivamente intuitivo y, con ideas en que se mezclan su visión perspicaz y el error de sus prejuicios sistemáticos, formula algunas afirmaciones de índole fisiológica, de indudable originalidad, pero desprovistas de toda base experimental. Así, cuando afirma que los dioses, previendo lo perjudicial que sería todo exceso en la comida o bebida, "a fin de que las enfermedades y la muerte no concluyeran con la especie, crearon el bajo vientre para que sirviera de depósito al exceso de las bebidas y alimentos rodeándole de los repliegues de los intestinos por temor a que las substancias nutritivas atravesaran rápidamente el canal intestinal y hubiera necesidad de renovarlas a cada paso, circunstancia que haciéndonos glotones e insaciables nos haría olvidar los trabajos de la inteligencia y negar nuestra obediencia a lo que hay en nosotros de divino".

Sus nociones de Patología son muy compendiosas y no hay en ellas ideas que no estén ya contenidas en los libros hipocráticos —a excepción de su teoría de la formación de la materia, basada en la concepción triangular, que intercala en muchas de sus obras. Afirmó que la naturaleza de las enfermedades tiene algo de común con la vida de los animales, naciendo con un tiempo limitado, como cada especie de éstos, para vivir. Sucedería, según él, con las enfermedades que, "si las medicinas las desordenan antes del tiempo fijado, aumentan de intensidad o dan lugar a otras muchas; conviene, pues, vencerlas despacio mediante un buen régimen y no irritarlas demasiado con las medicinas".

Como se vé, entre candorosas afirmaciones, resultantes de su desconocimiento de la fisiología, no faltan detalles demostrativos de su visión ingeniosa y elevada que le permiten, aún sin base objetiva, y obsesionado por una dominante preocupación teleológica, discurrir con notable clarividencia acerca de algunos hechos médicos, si bien no fuera en esta ciencia donde había de brillar el genio de PLATÓN.

ARISTÓTELES Y LA NATURALEZA.
—BIOLOGÍA ARISTOTÉLICA.

Cuando ARISTÓTELES llega a Atenas, es el momento en que la Academia platónica —en todo su esplendor— está intensamente influida por las nuevas teorías de las ciencias particulares. Precisamente, este joven de 17 años, llegado de un país semibárbaro, lleno de ardiente curiosidad espiritual y dotado de una enorme capacidad para la comprensión y para el estudio, será el que un día establezca la unión de esas ciencias particulares con el conocimiento universal; contra lo que se ha solido afirmar, no hay, entre él y su sabio maestro, una oposición apasionada ni un antagonismo; ARISTÓTELES es la segura línea de continuidad y la clave y solución de los problemas platónicos. El discípulo, renueva y modifica; guiado por su propia y potente luz, no destruye el pasado, sino que crea el presente y engendra el futuro, pero se mueve, al fin, en una misma órbita de pensamientos que su maestro quien, además de amarle, llamándole el *lector*, el “aplicado”, encendió en su entendimiento la llama del saber y sembró en su alma los más nobles ideales.

ARISTÓTELES aceptó el mismo método expositivo en que PLATÓN había perseverado, obedeciendo una influencia socrática: el diálogo; pero, llevado de su temperamento sereno y frío, lo despojó de dramatismo, convirtiéndolo en un medio claro y metódico de exposición científica.

Las circunstancias de su vida, más agitada y novelesca en su juventud que la de su maestro, juntamente con su origen modesto y su orfandad, le obligan a emplearse en actividades diferentes, entre las cuales, según se cree, estuvieron las de carácter médico. No hay pruebas evidentes de que ejerciera la medicina, de un modo asiduo y con carácter profesional, más, sí parece probado que, al menos, durante su alumnado, y con el fin de subvenir a perentorias necesidades, recurrió al oficio de *farmacópulo* o preparador de medicamentos que, por razón de su frecuente relación con enfermos, le obligaba a aconsejarles con motivo de sus consultas. El origen asclepiadeo de ARISTÓTELES, la influencia paterna, recibida por herencia y por educación, inclinaron su espíritu hacia el estudio de la naturaleza que él concebía como un sistema relacionado de formas, con un principio motor que las regula, naciendo, tal vez, de estas ideas fundamentales, su afición por la Anatomía y la

Fisiología comparadas. Es cosa segura que, la munificencia de su regio discípulo, le permitió allegar todos los medios necesarios para fundar el más antiguo museo de historia natural, enriquecido por el propio ALEJANDRO que, valiéndose de su poder, hacía traer raros ejemplares de plantas y animales, desde el lejano Oriente, para ayudar así a los estudios de su maestro. Al par que le agasajaba de este modo, mostrábase su aprecio y su gratitud, pues, no en balde, había declarado que no estaba menos obligado a ARISTÓTELES que a FILIPO porque, si a éste debía el beneficio de vivir, debíale a su maestro el de “vivir bien”. El matiz médico de la personalidad de ARISTÓTELES se evidencia en el hecho, sagazmente recogido por PLUTARCO, de que transmitiera un reflejo de él a ALEJANDRO —cuando fué su preceptor—. “Es bien seguro —dice PLUTARCO— que ALEJANDRO heredó de ARISTÓTELES su afición por el arte de la Medicina. Porque cuando sus amigos estaban enfermos les recomendaba el tratamiento y dieta apropiados a su enfermedad, según vemos por sus cartas”.

La espléndidez de ALEJANDRO permitió que ARISTÓTELES reuniese una gran colección de productos naturales de los que, su poderoso entendimiento, consiguió numerosas y fecundas observaciones, que nadie había logrado antes de él. Un sentimiento de amor a la naturaleza, tal vez no muy despierto en el espíritu griego —preferentemente atraído por las acciones de los hombres— y del que encontramos más ejemplos en sus poetas, como tema lírico, que en sus hombres de ciencia, fué, indudablemente, el primer impulso que indujo al ESTAGIRITA a iniciar sus estudios sobre animales y plantas, con los cuales —discriminando los resultados de su observación con aquel espíritu crítico y metódico que le era peculiar— hizo de la historia natural una ciencia, ganando para ella un lugar en la filosofía, suma y compendio del humano saber en aquellas lejanas edades.

No han faltado críticos y cronistas, de todos los tiempos, a quienes se ha hecho imposible el explicarse la maravillosa capacidad que ARISTÓTELES poseía para aprender los más diversos conocimientos y para irradiar sobre ellos su propia luz. Como si estuvieran pesarosos de tan manifiesta superioridad, lanzaron alevosas sospechas, insinuando la especie de que ARISTÓTELES había destruido intencionadamente los escritos de sus predecesores con el fin de apropiarse sus ideas y descubrimientos. Es la misma insidiosa inculpación, que se lanzó sobre HIPÓCRATES, de haber incendiado el templo de Cos para destruir sus archivos, de los que —según tan poco piadosa afirmación— había extraído el contenido de sus obras. Las indicadas suposiciones son infundadas y absurdas. No

merecen un análisis detenido, porque las desmiente su propia falta de lógica; ARISTÓTELES hubiera necesitado entonces destruir cuanto se hubiera escrito en Grecia, antes de él, por los muchos filósofos que le precedieron y, en cuanto a HIPÓCRATES, cabalmente, lo que él venía a renovar eran las observaciones rutinarias y faltas de un sentido crítico, imparcial y objetivo, del que carecían las obscuras y prólijas casuísticas de los templos consagrados a ASCLEPIOS. Es desconsoladora la facilidad con que los hombres se resisten a reconocer y admirar al genio, buscando explicaciones maliciosas que atribuyan a un fraude lo que es un don divino. ¡Con cuanta razón ha podido decir un insigne dramaturgo español, que no hay nada tan difícil, para los hombres superiores, como el hacerse perdonar su talento!

Los hombres de ciencia, anteriores a ARISTÓTELES, que habían estudiado los fenómenos físicos —los médicos lo hicieron de un modo especial— venían sufriendo no pocas incertidumbres y vacilaciones; los unos, como ocurre en gran parte de la Colección hipocrática, se mostraban partidarios de la observación y se hallaban resueltos a desterrar las hipótesis; otros, establecían que no hay principio fijo alguno en que basar el tratamiento y se enredaban en una prolija discusión acerca de si eran los “contrarios” los más convenientes para combatir los fenómenos patológicos o si serían preferibles los “semejantes”, reconociendo sorprendidos, que, en ocasiones, la curación se obtenía por modos difíciles de determinar, o totalmente desconocidos.

Estaba reservado al discurrir sincero y agudamente crítico de ARISTÓTELES, el propugnar un examen objetivo de las cosas, para contrastarlas después mediante la inteligencia. En esto, venía a reforzar —en lo que a Ciencias naturales se refiere— aquel afán de HIPÓCRATES por conocer los hechos, sin deformarlos con arriesgados apriorismos. No es esto negarse a toda intervención del espíritu; muy al contrario de los sensualistas que afirman: “pensar es sentir”, ARISTÓTELES, expresa con su elegante sencillez estos básicos conceptos que son el eje de su sistema filosófico: “Las sensaciones son necesarias para despertar la actividad del alma; pero esta actividad es muy superior a las facultades sensitivas. Por ella conocemos lo no sensible y percibimos *intelectualmente* lo sensible. El criterio de la verdad no está en los sentidos, sino en el entendimiento; las reglas de los fenómenos intelectuales son diferentes de las que rigen en los sensibles: los sentidos perciben lo individual; el entendimiento, lo universal”. De tan claras razones, se desprende el error en que incurren algunos historiadores médicos que han atribuído a ARISTÓTELES la fundación del empirismo. Esto equivaldría a

una interpretación meramente sensualista de su famoso: “*Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*”. ARISTÓTELES no es un verdadero sensualista —lo ha dicho BALMES, quien añade— su ingenio era demasiado alto para contentarse con la filosofía de LOCKE y CONDILLAC”.

La diferencia fundamental entre PLATÓN y su discípulo, estriba en que, aquél, explicaba todos los fenómenos de la Naturaleza por la sola consideración de las causas finales, mientras que, ARISTÓTELES, asigna a cada fenómeno cuatro causas: la material, la formal, la eficiente y la final.

Nos adelantamos al posible reparo que pudieran oponernos los espíritus demasiado objetivistas, o apasionadamente encariñados con lo meramente técnico —lo cual equivale en los tiempos modernos a un neoempirismo—; pensarían, los que se inclinan en tal sentido, que carecen de utilidad para los médicos tan sutiles distinciones de tipo filosófico. Me permito contestar a esos posibles contradictores con las siguientes palabras de RENOARD: “...la mayor parte de los escritos antiguos y de la Edad Media están más o menos impregnados de esos razonamientos filosóficos, de tal modo, que es imposible leerlos y, en particular, la historia de la Medicina, sin tener una noción, al menos superficial, de la doctrina de ARISTÓTELES, porque ella dió origen a la teoría médica de GALENO que ha reinado en las escuelas casi hasta nuestros días”.

El sabio fundador de la escuela peripatética, aplicó al conocimiento de los fenómenos biológicos y, singularmente, al estudio del hombre, su método de comenzar por los principios; por eso, en Fisiología, principiaba por estudiar lo más complejo y elevado: el alma. Determina su esencia, definiéndola como simple e indivisible y asegurando que reside entera en cada parte del ser organizado; señala las facultades del alma, dividiéndolas en *nutritiva*, o *vegetativa*; *motriz*; e *intelectual*, o *contemplativa*; conceptúa a esta última como de naturaleza diferente y superior a las anteriores y le asigna como asiento, el corazón pues si bien no lo especifica así, explícitamente, se desprende del contenido de muchos de sus escritos.

En sus libros “*De la prolongación y de la brevedad de la vida*” y “*De la juventud y de la vejez, de la vida y de la muerte*”, considera el calor y la humedad como las cosas más indispensables para la vida, afirmando que su duración es proporcionada a la masa de los humores y atribuye a esto la razón de que vivan más tiempo los animales de mayores proporciones.

Los conocimientos anatómicos de ARISTÓTELES ofrecían no pocas lagunas e insuficiencias. Era él lo suficientemente instruído para que

tuviera necesidad de valerse de conocimientos ajenos; ninguno había introducido en la ciencia —antes de él— tal número de hechos nuevos, que explican la influencia “aplastante” por su extensión y profundidad que ejerció en el saber de su época. No había realizado disecciones de cadáveres humanos y, sin embargo, corrigió muchos errores de los libros hipocráticos sobre la anatomía y fisiología humanas; así, por ejemplo, cuando refutó el error de POLIBIO que aseguraba que las venas principian en el occipucio y descienden duplicadas a lo largo del cuerpo. ARISTÓTELES afirmó que proceden del corazón, combatiendo además la creencia de aquellos que opinaban que, parte de las bebidas ingeridas, iban a refrescar el pulmón.

Es innegable que desconoció las verdaderas funciones del cerebro, si bien supo describirlo, en su aspecto anatómico, más detalladamente que sus antecesores, estableciendo un acertado paralelo, de anatomía comparada —en la que se destacó siempre— entre el encéfalo humano y el de otras especies animales.

En historia natural y anatomía comparada es donde la aportación de ARISTÓTELES está en armonía con la luminosidad de su poderosa inteligencia; su talento de biólogo, supera a su inclinación por la Medicina. Tal vez, no se ha divulgado e insistido lo bastante en este atrayente aspecto de la personalidad del maestro de los peripatéticos. En fuerza de ser tan elevada su talla de filósofo, se empequeñecen las demás facetas de su poderosa individualidad; más, no obedece esto a otros motivos que los de comparación y perspectiva. Incluso, se puede afirmar que, por ser grande y original, lo es también en esto; las ciencias naturales —acabamos de decirlo— no eran un tema preferido por los griegos que descuidaban el paisaje para adelantar al protagonista —el hombre— hacia los primeros términos. Son los problemas *humanos* los que primordialmente les interesan, y aun cuando exista entre ellos toda una tradición poética —que arranca desde HOMERO— en el sentido de admiración y deleite en la Naturaleza son, ante todo, guerreros, políticos, dramaturgos, filósofos, es decir, “hombres”, más preocupados del drama humano que de la contemplación de su escenario.

Nos explicamos mejor la predilección de los romanos —tan profundamente agrícolas—, por los temas que se refieren a las plantas y a los animales; en tal predilección, coinciden sus hombres de ciencia con sus poetas; no cabe duda de que, ARISTÓTELES, realizó una sabia labor naturalista, que converge con la de PLINIO, pero también es preciso reconocer que, ARISTÓTELES, está más lejos de PÍNDARO que, PLINIO, de HORACIO y de VIRGILIO.

La instintiva tendencia de los griegos hacia el aristocratismo filosófico les inclinaba poco a los problemas elementales y terrenos de la Botánica, de la Zoología y de la Anatomía humana; por ésta, especialmente, sintieron siempre una aversión que no nacía, como en los egipcios, de un respeto a la muerte inspirado por sentimientos religiosos; en los griegos, era una repulsión de sentido pagano y de envoltura artística. ARISTÓTELES, al desdeñar tales prejuicios, superó —como en tantas otras cosas— a sus coetáneos y compatriotas; lejos de menospreciar el estudio de animales y plantas, aprovechó el mecenazgo opulento de ALEJANDRO para coleccionar y estudiar, afanosamente, las más raras especies.

Un escritor y distinguido naturalista, D'ARCY W. THOMPSON, Profesor de Historia Natural en la Universidad de St. Andrews, comenta y reflexiona sobre este tema, con tan profunda erudición como belleza de forma literaria, y compara la afición biológica de ARISTÓTELES con la vocación de químico de ROBERT BOYLE, en términos que no nos resistimos a la tentación de transcribir. Dice el Prof. D'ARCY THOMPSON: “Este “arte” de la química no fué nunca una ciencia para señores, como lo fueron la filosofía y las matemáticas; PLATÓN, el más grande de los filósofos, fué uno de los más grandes señores. Mucho, mucho después, Oxford dijo lo mismo a ROBERT BOYLE: que la química no era una ocupación propia para un señor; pero éste pensó de otro modo, y el “hermano del conde de Cork” fué el padre de la química científica. Traemos esto a colación porque ARISTÓTELES hizo, respecto a la biología, casi lo mismo que BOYLE, rompiendo con una tradición parecida; y aquí encontramos uno de los mayores entre sus grandes merecimientos”.

Y es que el concepto, gradación y estima de las ciencias, ha variado mucho entre los hombres, según las épocas y los climas psicológicos de cada tiempo y lugar. Incluso por gentes ilustradas, suelen verse las cosas de un modo simplista y esquemático que no debe preocuparnos. La jerarquización de las Ciencias sólo interesa a las personas de sencilla mentalidad y, por eso, los hombres de excepción han sabido emanciparse de tales ideas preconcebidas.

Al ESTAGIRITA se debe, no solamente la demostración, con su *Historia animalium*, de que ésta merecía la atención de los estudiosos del más elevado linaje mental, sino, también, la creación de una ciencia nueva que él situó a la altura de la Astronomía y la Matemática, colocadas ya en privilegiado lugar dentro del gran conjunto del saber que los griegos llamaban Filosofía.

ARISTÓTELES no disecó cadáveres, pero sí embriones animales y humanos, práctica que le permitió establecer atinadas comparaciones

entre los órganos, mediante los cuales, cada animal, vive, se propaga y cumple las diversas funciones que constituyen su fisiología. Con una clara intuición, que no sorprende, conociendo su mentalidad, pero que es un asombroso avance sobre su época, señaló variedades de forma y estructura en el corazón de los cuadrúpedos, pájaros, peces y reptiles, haciendo lo mismo respecto al aparato digestivo, el respiratorio y otros órganos; con una visión de conjunto, que no es estrictamente ontogénica, sino de alcance filogénico (sin aventurarse a lo hipotético y atendiendo sólo a su finalidad primordial: la de ordenar), describió el desenvolvimiento de cada aparato y sus funciones, marcando sus diferencias a lo largo de la escala zoológica.

Otras muestras elocuentes de su clarividencia como biólogo, se hallan en sus admirables descripciones de los cetáceos, así como en el intento de clasificación de los invertebrados y en la ingeniosa síntesis que representa su “árbol de la Naturaleza”. Se sintió atraído por los problemas referentes a las funciones de la generación, llegando a una conclusión que no consiste —como se suele afirmar con ligereza— en admitir la posibilidad de la generación espontánea, sino en un atisbo de la reproducción asexual, que él no se hallaba en condiciones de definir, así como de la esporulación, que tampoco podía más que presentir o adivinar.

Quedan señaladas, más arriba, algunas de sus ideas fisiológicas. Concedió un papel preponderante al corazón, creyendo que en él residían el calor vital y el “*neuma*”. El calor vital produciría un fenómeno de “cocción” al que estarían sometidas la utilización de los alimentos y la formación de los humores, quedando en el intestino lo superfluo o nocivo, mientras que, las sustancias útiles, se distribuirán por todo el cuerpo, yendo a parar cada una al punto en donde fuera necesaria su presencia. En esto, se veía, bien claramente, cómo los conceptos de orden y de finalidad eran imprescindibles para el espíritu metódico y bien disciplinado de ARISTÓTELES. Obsérvese que, aun estando impregnada su doctrina del humoralismo, propio de la época y del ambiente, no es un dogmático de HIPÓCRATES, por cuanto tiende un lazo de unión, para atraer lo que estima aprovechable de las interpretaciones orientales, y resucita, si bien renovándolas, algunas ideas de los filósofos naturalistas pre-hipocráticos.

Es lamentable que no conozcamos mejor sus conceptos sobre Patología; probablemente, esa laguna de sus escritos no se debe a una insuficiencia del autor ni, tampoco, a que él sintiera menosprecio por tales cuestiones, sino a la pérdida de partes importantes de su obra total, según nos

consta, históricamente; aquella transmisión accidentada y novelesca de los escritos aristotélicos, custodiados, primero, por la devoción y fidelidad de TEOFRASTO, substraídos después a la codiciosa apetencia de los reyes de Pérgamo, mediante el enterramiento de más de un siglo, y rescatados, al fin, por AMPELLICON, hasta la compilación de ANDRÓNICO, representan una serie de episodios, tan numerosos y dramáticos, que nos permiten suponer los quebrantos que experimentó el inmenso tesoro que legaba ARISTÓTELES a la posteridad.

La Medicina ha sido, sin duda, la que ha sufrido más en esta azarosa suerte de los manuscritos aristotélicos. A pesar de ello, no puede ignorarse su influencia: primero, en el aspecto metodológico, puesto que la innata disposición del autor para ordenar los conocimientos y para valorar los hechos, con el más fino sentido crítico, halló en la Biología —como en otras ciencias— ocasiones de ejercitarse y de sembrar su provechoso ejemplo. Pudiera decirse que, en tal sentido, vino a reforzar con su autoridad el carácter, serenamente inductivo, de la obra hipocrática y, sobre todo, interesa destacar la innovación que representan sus estudios taxonómicos de historia natural y sus geniales observaciones de anatomía comparada y de las funciones de la procreación. Aun siendo, la total obra aristotélica, predominantemente filosófica —y de tan alto vuelo— trasciende de sus estudios, acerca de la naturaleza, una sutil esencia, de orden médico, que es debida a su formación juvenil. En la biología aristotélica, se denota el talento extraordinario de su autor, su rápida y clara visión de conjunto, así como la influencia de su maestro PLATÓN, pero no deja de advertirse también que era hijo de NICÓMACO, el inteligente médico de la corte de FILIPO DE MACEDONIA, sobre todo, cuando, para estimular a sus discípulos en el estudio de la biología, exclama, convencido del alto rango de esta ciencia: “Aquí también hay dioses”.

Precisamente, es más beneficiosa su influencia en el avance científico de su época, por traducirse en la formación de esos mismos discípulos que aprendieron de él a interesarse por los problemas de orden biológico. Ninguno de ellos, tiene la talla colosal de su maestro; pero, en algunos, se aprecia claramente que, de él, han recibido orientaciones y enseñanzas, formando una escuela que, en ciencia, —como en arte— no es un sistema, sino un estilo, una predilección por los temas y una técnica.

ARISTÓTELES Y SUS DISCÍPULOS. — TEOFRASTO, EL PREDILECTO, FUNDA LA BOTÁNICA.

La muerte de ALEJANDRO era un acontecimiento de suficiente trascendencia para ocasionar trastornos político-sociales capaces de repercutir en la vida científica. Cuando la funesta noticia de la muerte del ARGÉADA llegó al Liceo, fundado por ARISTÓTELES, y en el que había profesado durante los trece años del reinado de ALEJANDRO, no tardaron en sentirse vientos de fronda, nada favorables para los que fueron amigos del gran Rey de Macedonia. La aguda perspicacia de ARISTÓTELES no dejó de percibir ese apasionado estado de opinión y, recordando la sentencia de muerte contra SÓCRATES, refugióse en la isla de Eubea no lejos del Ática —mientras exclamaba, con un finísimo matiz humorístico, que no quería poner a Atenas en el peligro “de que pecase, por segunda vez, contra la Filosofía”. La famosa estatua del ESTAGIRITA, conservada en el Palacio Spada de Roma, le representa en actitud meditabunda; los rasgos del rostro —admirablemente modelado— parecen más de un campesino que de un filósofo; no están encubiertos por la enmarañada barba, con que otros escultores le representaron, acomodando así el semblante del maestro a lo acostumbrado entre los sabios griegos, tan refractarios a rasurarse —según comenta HORACIO, burlescamente, con su “sapientem parcere barbam”; la mano —maravillosa de verismo anatómico— surcada por venas turgentes y flexuosas, sostiene la genial cabeza, de la que se escapa una expresión de duda y de inquietud, frenada por la inteligencia. Parece como si el artista —sin duda habilísimo— hubiera sentido el capricho de representar, en la admirable estatua sedente de ARISTÓTELES, el estado de ánimo del filósofo en el momento de decidir su partida de Atenas; tal es la impresión que produce aquel rostro, más bien rústico que aristocrático, en el que se reflejan, a la vez, la sagacidad y la incertidumbre, la profunda claridad del pensamiento y algo así, como una duda o una desconfianza, hacia un mundo exterior lleno de asechanzas y de bajas pasiones.

El fundador del Liceo resolvió su viaje en dirección a Calcis, buscando un seguro y grato refugio, en la casa que fué de su madre —con

aquel instinto de retorno a la niñez y ansia de regazo materno, propio de los grandes instantes de peligro. Antes de abandonar Atenas, sintióse preocupado por sus dos grandes amores: su Escuela y su Biblioteca, encargándolas a su discípulo predilecto, TÍRTAMO DE ERESOS; el maestro, con paternal amor, habíale llamado siempre TEOFRASTO (“el de la palabra divina”) y, con tan honroso sobrenombre, pasó a la historia. TEOFRASTO supo cumplir fielmente los mandatos de ARISTÓTELES, ejecutándolos con obediencia filial y devoción de discípulo entusiasta. Se complacen algunos historiadores en hacer resaltar la diferente magnitud de ambos filósofos; ello nos parece una injusticia y una crueldad. TEOFRASTO era inferior —¿cómo no serlo?— a tan insigne maestro, pero hay en su vida dos rasgos que le honran y le hacen acreedor al respeto de las generaciones: es el uno, su fidelidad a la persona y a las enseñanzas aristotélicas; es el otro, el de su edificante humildad cuando, octogenario, se lamenta de morir “cuando comenzaba a aprender algo...”.

La obra de TEOFRASTO, interesante en muchos aspectos, no es médica sino de un modo indirecto, aunque eficaz. Siguiendo la orientación marcada por su maestro, perseveró en el estudio de la Historia natural. Como quiera que las obras biológicas de ARISTÓTELES que han podido conservarse, se consagraban al estudio de las especies animales, es bien poco lo que podemos conocer de la posición aristotélica frente al mundo vegetal. Los libros de TEOFRASTO constituyen un complemento, necesario y digno de atención, de la obra de ARISTÓTELES, y vienen a llenar la solución de continuidad producida por la acción destructora del tiempo. En sus obras, “*Historia de las plantas*” y “*Las causas de las plantas*”, describió casi todas las especies vegetales conocidas en su tiempo, con una claridad expositiva y tan metódica y profunda observación que acusan bien la influencia del espíritu de su maestro. El talento de TEOFRASTO y su fidelidad al método aristotélico, supieron trazar la primera exposición, genuinamente científica, de la botánica; particularmente, la Medicina, ha de agradecerle el estudio más antiguo y autorizado acerca de las especies vegetales utilizables en Terapéutica.

TEOFRASTO es el primer naturalista que sintió la necesidad de una terminología técnica; para lograrla, comenzó por dotar de un carácter científico a ciertos vocablos del lenguaje usual, denominando con ellos ciertas partes u órganos de las plantas, tales como *carpos* (fruto), *pericarpion* (envoltura de la semilla), *metra* (núcleo central del tallo). Siguiendo la línea aristotélica, de la que fuera tan leal adepto, observó la generación en los vegetales, llegando a establecer, con un lenguaje tan didác-

tico como elegante, que responde al sobrenombre que recibiera de su maestro: "Una planta tiene poder germinativo en todas sus partes, pues en todas ellas tiene vida, y, por consiguiente, no debemos considerarlas por lo que son, sino por aquello en que se pueden convertir" y, más adelante, en su *Historia plantarum*: "Las maneras que tienen de reproducirse los árboles y plantas son éstas: espontánea, de una semilla, de una raíz, de un trozo cortado, de una rama, del tronco mismo, o de porciones de la madera, cortadas en pequeña escala". La claridad con que TEOFRASTO analiza y describe todo el proceso germinativo de las plantas, es prueba de sus dotes excepcionales de observador y justifica que su obra haya perdurado, como fuente de enseñanza, durante un larguísimo período, no inferior a dos mil años; para comprobar avances efectivos en el estudio de la semilla, será preciso aguardar al siglo XVII, al descubrimiento del microscopio y a la aparición de las obras de HIGMORE, de MALPIGHIO y de NEHEMIAH GREY. TEOFRASTO supo también establecer una lógica y precisa relación entre la distribución geográfica de las plantas y los caracteres del suelo y del clima, de tal modo, que llegó, casi, a formular divisiones regionales, de orden geográfico, con arreglo a la distribución climática.

Hombre de su época, no podía sustraerse a ella y, con avidez enciclopédica, no sólo escribió de botánica, sino que le atrajeron también la filosofía y la moral —como lo prueba su obra "*Los Caracteres*"— e incluso el Derecho, acerca del cual produjo su copioso "*Tratado de las leyes*" en el que, según DARESTE, se revela como el único juriconsulto de Grecia.

Tal es el discípulo de ARISTÓTELES, que mereció ser designado para sucederle al frente del *peripatein* ateniense. Feliz continuador de una orientación que, como la aristotélica, había de ser secular, y admirador de la ingente figura de su maestro, no se le debe someter a una comparación innecesaria con éste, sino alabarle como impulsor de un positivo adelanto de la biología; la decadencia que sufrió esta ciencia, apenas murió TEOFRASTO, es la mejor prueba de su valía nada común. Sería mucho más justo que analizarle con una observación cuantitativa, juzgarle, por su valor ejemplar, con las palabras de SAN LUCAS, en el Evangelio: "No es el discípulo superior al maestro; pero todo discípulo será perfecto como sea semejante a su maestro".

Ningún otro discípulo de ARISTÓTELES es comparable a TEOFRASTO y, con éste, se interrumpe y desvanece la trayectoria de la ciencia biológica que ambos supieron impulsar tan sabiamente.

Únicamente MENÓN merece ser mencionado como autor —único

en su tiempo— de una importante fuente histórica, acerca de la Medicina; es la obra denominada "*Yatrica*", la más antigua contribución posthipocrática, al estudio de la Historia de la Medicina. El libro de MENÓN había sido citado por GALENO y fué descubierto, en 1895, en el llamado papiro de Londres, editado por DIELS (anónimo londinense).

ALEJANDRÍA. — LA CIUDAD. LOS HOMBRES. LA CIENCIA.

Ha surgido una gran ciudad en el Bajo Egipto... quizás la más grande ciudad de aquel remoto tiempo. No está lejos de Sais y de Menfis, cunas de dinastías faraónicas, raíces históricas enclavadas en el ardiente suelo del desierto, que recibe la fecundación anual del légamo verdoso del Nilo. El Gran Río, remedando las nervaduras de una hoja de vid, se ramifica y arboriza en el caprichoso dibujo de su delta magnífico; entre los nervios radiados de la hoja, ha nacido Alejandría.

La nueva ciudad ha sido edificada en una costa baja y arenosa sobre la vieja y humilde Rhacotis. La mandó construir ALEJANDRO, impulsado por un anhelo de perpetuidad, que parecía nacido del siniestro presentimiento de su fin prematuro. El GRAN MACEDONIO levantó varias Alejandrías, de las cuales, unas —según ha dicho ZIELINSKI, modernamente,— eran puertos, otras, emporios, y, otras, fortalezas. La Alejandría de Egipto, lo era todo a la vez; por eso fué la más afortunada y próspera de todas, y, también, la de más dramático destino. El contorno de Alejandría —trazado por su augusto fundador— se asemeja a la figura elegante de una clámide macedónica; las abrazaderas que la ciñen al cuello —que es el mar Mediterráneo— encierran entre sí el Gran Puerto; como si fuera una fíbula que, además de abrocharla, engalanase la clámide con el brillo de piedras preciosas, luce el gran *Pharos* que lanza sus destellos desde altísima torre, colosal y maciza, que es barrunto de la aguja gótica y presentimiento del minarete. Surcan el mar las trirremes, esbeltas y veloces; con sus velas, hinchadas por el viento, parecen cisnes mitológicos que traen y llevan las mercaderías del mundo por aquella encrucijada de los tres continentes de la tierra entonces conocida. El sol de Africa, en los largos y calurosos días, o la luminaria del más antiguo faro del mundo, en las noches de calma y misterio, permiten ver el ancho puerto en que echan sus anclas las naves, para descansar de las tormentas del Atlántico y de las interminables travesías del Océano Índico; en los muelles, se amontonan los más diversos objetos: barras de estaño de las Islas Británicas, sedas de la China, algodones de la India y telas transparentes de la isla de Cos, la patria amada del viejo y sabio médico. Hasta la cubierta de las naves, llega el

perfume de la rica vegetación tropical que circunda el fastuoso palacio de los Tolomeos. La ciudad, de calles anchas y rectas, en que se alinean los pórticos fastuosos de mansiones de lujo, tiene un aspecto suntuoso y moderno que ha perdido la primitiva sencillez helénica. En el centro, se emplaza la “ciudad real”, y, en la encrucijada principal de sus anchurosas calles, se encuentra la *Sema* o mausoleo de ALEJANDRO. Un ambiente de ostentosa opulencia se respira en todo el ámbito de la capital tolemáica; han pasado los tiempos en que la casa de PERICLES se distinguía en muy poco, por su ornato modesto, de la vivienda de cualquier ciudadano de Atenas. Toda Alejandría emana un inconfundible aroma de cosmopolitismo y de modernidad, de mezcla de razas viejas y de gustos nuevos; un exagerado afán de afirmar el sello de originalidad de la ciudad naciente, le imprime carácter de país colonial, de pueblo rápidamente enriquecido y, por lo mismo, impaciente de saborear todos los lujos, así los del espíritu como los materiales y terrenos.

El emporio de los estudios filosóficos seguía siendo Atenas. La Hélade decaía, pero no se había apagado en ella la llama del saber. Las monarquías helenísticas, experimentando una vehemente emulación, deseaban reunir en Alejandría, en Antioquía, en Pérgamo, a los sabios griegos, demasiado apegados a su helenismo altivo y poco propicios a los ambientes nuevos. La codicia, o la necesidad, vencieron, en muchos casos, esa resistencia; algunos griegos eminentes —TEOPRASTO fué un ejemplo— desdeñaron el oro de los soberanos diádocos, pero, otros, se sintieron atraídos por el esplendor que alboreaba en las monarquías orientales, y llevaron su sabiduría hasta la vieja Persia, regida ahora por los Seleucidas, y al arcaico Egipto, gobernado por los Tolomeos.

Tales sucesos, no son únicos ni extraordinarios en la historia. Siempre se ha extendido más rápidamente la civilización en los países comerciales; sus traficantes y mercaderes, obligados a visitar países muy cultos, se aficionan a los goces del espíritu, experimentando a veces una excesiva premura por asimilar, pronto, y de una manera masiva, los manjares de la Ciencia y el Arte. Los griegos habían aprendido mucho del Oriente, cuando eran todavía un pueblo joven; después, en plena madurez espiritual —aun cuando decadentes en el orden político— devolvieron a los pueblos orientales, bajo la forma de civilización “helenística”, todo lo que era una obra serena y armoniosa del genio helénico. En síntesis, Grecia había cumplido su misión creadora. Ahora, el mundo helenístico había de llevar a cabo la suya, que era renovadora y de expansión.

En el ambiente nuevo —cosmopolita y opulento— de Alejandría,

habían de producirse modificaciones de las costumbres y del estado social de los antiguos griegos. Al propio tiempo, las ciencias y las artes, oriundas de Grecia, experimentaron notables cambios por el trasplante al suelo egipcio y por el injerto de los elementos antiquísimos y peculiares del país del Nilo. La educación de los núcleos griegos —que no eran al principio demasiado abundantes— sufriría una evidente transformación; el perfeccionamiento de la enseñanza de la juventud establecía una gradación, a la usanza helénica, desde el *gimnasio* —complemento de las escuelas elementales— pasando por las *efebias*, hasta las altas escuelas de Filosofía, de Elocuencia y de Medicina. Todo ello había existido en Grecia, pero, ahora, en el mundo helenístico, se iban a marcar ostensibles diferencias en cuanto al modo de organizar la educación; la diferenciación entre las ciencias, más avanzada cada día, introdujo un principio de especialización en la manera de instruir a la juventud, creando un profesionalismo intelectual, que no era otra cosa sino la aplicación a la ciencia de un criterio utilitario, propio de aquel ambiente comercial, que transformó el primitivo modelo ateniense, más desinteresado, consistente en amar el saber, por el saber mismo. En estos pueblos que nacieron de Grecia, los más vivos estímulos conducían a una exaltación de la personalidad, no exenta de móviles codiciosos, que eran, por otra parte, naturales en el ambiente de fastuosa ostentación propio de estas ciudades emporios del naciente mundo helenístico.

La misma orientación especialista, con miras a una diversificación profesional, hizo que los hombres dejaran de estar absorbidos por la idea de la comunidad, como lo habían estado en Grecia; como consecuencia de ello, tendieron a cultivar su propia individualidad, con ambiciosa emulación, personalísima, que representaba el medio y el impulso para conseguir las aspiraciones de cada cual.

La división en profesiones mantuvo la lozanía del elemento cultural, pero, tendiendo a revestirlo de un carácter del de un menester práctico y técnico, que hizo necesaria la transformación de los organismos encargados de difundir la ciencia. La esplendidez de los soberanos del reino tolemáico favoreció el florecimiento que las ciencias y las artes experimentaron en Alejandría. Cuando leemos el relato de los acontecimientos en aquella hermosa ciudad, experimentamos la sensación de que se tratara de tiempos modernos y de un país rico en el que, bajo el mecenazgo generoso de un monarca culto, se impulsaran toda clase de instituciones y organismos para el cultivo de la ciencia. El primer TOLOMEO dispensó una decidida protección a DEMETRIO DE FALERIO, discípulo de ARISTÓTELES y emigrado de Atenas, a causa de su excesiva

actividad política. La personalidad científica de DEMETRIO no era de gran relieve, y su temperamento asaz inquieto; sin embargo, tenía envidiables condiciones de organizador. Sugirió a TOLOMEO la fundación del *Museum* que representó el primer caso en la Historia de una agrupación corporativa de sabios y de artistas que, sin el carácter teúrgico de los antiguos pueblos orientales, se asociaban, a expensas del erario público, para estudiar y consagrarse a la enseñanza. El Museo de Alejandría que fundara TOLOMEO, por sugerencias de DEMETRIO, para consagrarlo como santuario de las Musas, llegó a ser un importante conglomerado y un potente núcleo central de organismos culturales muy diversos. Se hallaban comprendidas en él, como en germen, pero vivientes y eficaces, una Academia y una Universidad, compuesta de diversas Escuelas. Completando este conjunto, con vida propia y, ciertamente, espléndida, honraba a Alejandría su famosa Biblioteca, que alcanzaba en la época de TOLOMEO II FILADELFO, la cifra copiosa de quinientas mil obras y que, aparte su propio mérito, tuvo el de despertar la emulación de los otros reinos helenísticos, dando origen a las bibliotecas de Antioquía y de Pérgamo. Los vastos anaqueles de la biblioteca alejandrina, llenos de los jarrones o *scrinium* en que se guardaban los rollos de papiro —los libros de entonces— distribuidos bajo la mirada vigilante de CALÍMACO —el bibliotecario y poeta— fueron el depósito valiosísimo de las compilaciones de la ciencia griega; junto a ellas, se iban acumulando en la Biblioteca tolemáica las obras producidas por los sabios de Alejandría; en tan abundante manantial de conocimientos, aprendieron muchos hombres estudiosos —de razas distintas, pero congregados bajo el signo del helenismo— todas las manifestaciones de la ciencia alejandrina y del saber clásico de Grecia.

El hermoso dialecto ático fué el vehículo escogido para conservar y difundir tan floreciente estado de cultura; esta lengua común (llamada "*Koine*") fué escogida por devoción a Atenas y convertida en instrumento de trabajo; era utilizada, lo mismo para el estudio en el *Museum*, que para el lenguaje diplomático, en los lugares de gobierno, (que aun no se llamaban cancillerías) y para las relaciones comerciales de aquel país opulento, en que todavía no habían nacido la Bolsa y la Banca —aun cuando existieran ya sus funciones peculiares. El dialecto ático se hizo más amplio y útil para la producción científica y filosófica; fué un medio de comunicación política internacional y un lenguaje financiero, pero, al aumentar el uso de términos abstractos y de metáforas que pronto se convertían, manoseadas por todo el mundo, en lugares comunes, perdió flexibilidad y belleza poética. El lenguaje de PLATÓN y de ARISTÓTELES,

perdió su originalidad y elegancia, su depuración aristocrática y su capacidad expresiva, matizada de un profundo sentido humano. Para defenderse de tales peligros, se volvió la vista hacia los dialectos olvidados y se escribió en lesbio, en eolio y en dorio, con un afán de distinción, diríase que por *snobismo*, si se pudiese aplicar el léxico actual a los hechos tan lejanos de la historia. Todo ello, producía rebuscamiento, aire erudito —no exento de tufillo pedantesco— y mataba lo que el idioma tiene de expresión clara y espontánea de los estados del alma.

LOS MÉDICOS HELENÍSTICOS. — LA ESCUELA MÉDICA DE ALEJANDRÍA.

Fenómenos comparables a los descritos, acontecían en todas las manifestaciones de la cultura helenística; el deseo de aparecer como originales, teniendo, sin embargo, que volver la vista continuamente hacia el paradigma helénico, determinó una inclinación, por parte de los hombres de la Escuela de Alejandría, hacia los dogmatismos conceptuosos y oscuros, lo mismo en la Filosofía, que en las ciencias naturales. Mucho de esto, se observa en la Medicina de la época, en la cual, a pesar de sus progresos, se produjo una inmoderada tendencia a las sutilezas interpretativas y a las divagaciones de la polémica. En ciencia, la mezcla con lo oriental, producía un efecto semejante al que acontecía en arte: sobre la línea del capitel jónico, de suprema belleza ornamental, y de tan airosa elegancia que había logrado suavizar la dura rigidez del dórico, se injertó la traza del loto oriental que, incurvando y retorciendo las hojas de acanto, recargaba con un excesivo arabesco lo que primitivamente era sencillo y armonioso, libre de artificios y rebuscamientos.

En el ambiente alejandrino, se estudiaba todo; no había forma alguna de la ciencia que no despertase la curiosidad de los muchos maestros y discípulos que discurrían por el Museum y leían en la Biblioteca. Cada día, era creciente la diversificación especialista e iban siendo menos comunes los filósofos de saber enciclopédico, a la manera ateniense.

Los hombres vivaces y de ágil mentalidad que formaban lo que podría llamarse la intelectualidad alejandrina, se daban cuenta de algo que, en los tiempos modernos —y cada vez más— vemos claramente: la insuficiencia de la vida entera de un hombre para dominar una ciencia determinada; es la dramática incompatibilidad, entre la fugacidad de nuestro vivir y la inmensa extensión del saber, que supo definir HIPÓCRATES, al encabezar sus "*Aforismos*" con el famoso y lapidario apotegma: "*Ars longa, vita brevis, occasio proceps, experientia falax, iudicium difficile*".

En la Medicina alejandrina, dejaron su huella las más variadas influencias. Quedaba, de antiguo, un elemento autóctono, de tipo oriental y de sello egipcio, borroso y casi totalmente desdibujado; sobre ese fondo, se fué sedimentando una compacta estratificación helénica, en la que se amasaron doctrinas filosófico-naturalistas —muy especialmente pitagóricas— con las ideas aristotélicas y, particularmente, con la doc-

trina hipocrática que lo llenaba todo, por su grandeza y expansibilidad. Pero, Alejandría, no era, como Grecia, una montaña y un crisol, sino un puerto y un terreno de aluvión. Llegaban allí, atraídos por la fama de las escuelas y con ansia codiciosa, hombres de ciencia —entre ellos muchos médicos— que acudían de todas partes del mundo trayendo las más extrañas tradiciones de Medicina mágica y los más primarios conatos de la Medicina empírica. Por tales motivos, y como consecuencia de esa mezcla de ideas y de doctrinas, vemos oscilar a los médicos alejandrinos entre un dogmatismo demasiado opresor y un empirismo de muy bajo nivel.

Esa inestabilidad, oscilante y versátil, era la característica situación del ánimo de los alejandrinos, sometidos, en el orden filosófico y religioso, a encontradas influencias, que lo mismo les conducían a las dogmatizaciones más rígidas y sistemáticas que a las más audaces rebeldías y a groseros empirismos.

Un ambiente intelectual tan abigarrado y movedido, como era el de Alejandría, difícilmente podía emanciparse de las inquietudes y fluctuaciones del espíritu, propias de su época. Era una curiosa etapa histórica, de una gran vitalidad en cuanto al acarreo de materiales nutritivos de su cultura, pero de un cierto desorden por falta de una suprema orientación rectora; la propia superabundancia de elementos de estudio y la misma heterogeneidad de su origen, producían una verdadera turbulencia psicológica que ocasionaba exteriorizaciones brillantes, pero también, graves errores y falsas vías de retroceso.

Como siempre en la historia, cuanto sucediera en el ambiente general, repercutiría en las modalidades de la cultura y, dentro de ésta, el avance o la paralización de cada ciencia estaba sometido a una tónica común que imprimiría una impronta genérica a todas las disciplinas del saber.

Las ciencias físicas, la Matemática y la Astronomía, fueron muy afortunadas en la época alejandrina. Tal vez influyera en ello el signo positivista de los tiempos, quizás el resurgir atávico del espíritu de los sumero-acadios y de los egipcios, pacientes contempladores de estrellas, tenaces constructores de pirámides y meticulosos agrimensores. Pero, aunque así fuera, el soplo de Atenas y de la Magna e Itálica Grecia, llegó hasta la capital de los Lágidas trayendo las semillas helénicas. Por eso, al mismo tiempo que se estudiaba y se hacía la crítica de HOMERO —con aquel fervor admirativo, que heredaron de ALEJANDRO los *tolemaidas*— trabajaban en el Museo, EUCLIDES y ERATÓSTENES y se mantenía en correspondencia con Alejandría. ARQUÍMEDES, que, en

Siracusa, descubriría tantas verdades y hallaría la muerte, sumido en su abstraída, casi mística, devoción por la ciencia.

Los orígenes de la Escuela Médica de Alejandría, representan uno de los hechos históricos que prueban, del modo más ostensible, la inteligente dirección con que se organizaban, en la ciudad famosa, las funciones inherentes a la pública ilustración.

El Jefe y fundador de la dinastía de los Lágidas, TOLOMEO SOTER, no se contentó con la formación de la espléndida Biblioteca que, juntamente con el Museum, había de dar a Alejandría fama imperecedera. Pensando que, además de los libros —fuente sagrada e inagotable de la ciencia— es preciso contar con los sabios que dan vida y calor a la enseñanza —venerable, pero un poco fría, de la palabra escrita— atrajo a los hombres más eminentes para que, con su enseñanza oral, con su ejemplo y su tarea compiladora, enriquecieran e ilustraran el tesoro de la ciencia alejandrina. Con un criterio que demuestra la visión certera y el sentido progresivo, sorprendentes en tan remotos tiempos, seleccionaba, en todos los lugares del mundo sabio de entonces, las figuras más representativas y, remunerándolas con regia esplendidez, aseguraba su permanencia dentro del reino y su eficaz colaboración, redimiéndoles así de las prosáicas preocupaciones del vivir diario.

Con una organización de tipo académico, se reunían periódicamente aquellos sabios, para leer y discutir sobre los temas de mayor interés, y, el propio rey, celoso de los deberes de su mecenado, asistía a aquellas deliberaciones y tomaba parte en ellas. En el reinado de TOLOMEO FILADELFO, hijo y sucesor del primero, se hicieron más frecuentes tales reuniones, que ofrecían cierto carácter polémico —“*Ludi musarum Apolinis*”— y, también, de certámenes, útiles para mantener una conveniente emulación y despertar estímulos ejemplares y fructíferos.

Con una visión muy perspicaz del momento, alguien, asesoró a TOLOMEO para que invitase al cenáculo alejandrino a dos eminentes médicos. Era el uno, discípulo de PRAXÁGORAS, de la Escuela de Cos y se llamaba HERÓFILO. Era el otro, ERASÍSTRATO, nieto de ARISTÓTELES; había estudiado ciencias naturales junto a TEOFRASTO y fué discípulo de CRISIPO, de la Escuela Médica de Cnido. Con tan acertada medida, llegaron al Museo Alejandrino —como embajadores del pensamiento médico de la Hélade— los representantes de las dos inmortales escuelas, origen de tantos progresos de la Medicina griega y firmes columnas del saber médico de su época. Con una aguda intuición, se les traía a la sede de los TOLOMEOS donde iban a representar un feliz simbolismo de la fusión helénico-oriental que había soñado ALEJANDRO.

ANATOMISMO DE HERÓFILO
Y FISIOLOGISMO DE ERASÍSTRATO. — HEROFILIANOS Y
ERASISTRÁTICOS.

Antes de que comenzara el siglo III (a. de J. C.) había abdicado TOLOMEO SOTER en su hijo TOLOMEO FILADELFO, preferido a su hermano CERAUNO, que ostentaba más legítimo derecho. FILADELFO, lo mismo que su padre, reinó hábilmente sobre este país, de espíritu helénico, pero constituido por un abigarrado mosaico de razas. TOLOMEO había sido, en realidad, un faraón más; gobernó con autocrática energía sobre un conglomerado de anatolios y griegos, sirios y judíos; más, tanto él como su hijo, amaron la civilización helénica e, incluso, la utilizaron, con habil política, como un aglutinante de su pueblo, tan heterogéneo.

TOLOMEO FILADELFO, era el hijo del fundador de la dinastía lágida, el general audaz e inteligente que fué condiscípulo de ALEJANDRO; FILADELFO heredaba un gran reino y las claras luces del entendimiento de su padre y antecesor; más, era físicamente débil; la pobreza orgánica del que era tan rico en poder, suscitó en su espíritu una gran curiosidad por la ciencia médica. Con una impaciencia, explicable y humana, deseaba vehementemente que se descubriese un "*elixir de vida*" y, para procurarlo, se rodeó de excelentes médicos, proporcionándoles cuantos medios se estimaron necesarios para que su estudio fuera eficaz; permitió que se practicasen disecciones de cadáveres humanos y, según se ha llegado a afirmar, autorizó la vivisección en criminales condenados a la última pena, hecho no demostrado históricamente, pero posible en el ambiente moral, nada escrupuloso, de aquellos tiempos.

Cuando el siglo III había comenzado, profesaban la Medicina en Alejandría, HERÓFILO, procedente de la Escuela de Cos, y ERASÍSTRATO, de la de Cnido. Una feliz coincidencia determinaba este origen, doble y, por ello, más fecundo, de la Escuela alejandrina, pero, al propio tiempo, iba a causar un antagonismo entre tan ilustres figuras y una división sectaria entre las escuelas que heredaron sus enseñanzas.

HERÓFILO, nacido en Calcedonia, era, espiritualmente, hipocrático, porque había sido discípulo de PRAXÁGORAS, en Cos, aun cuando conocía también las enseñanzas de la escuela cnidiana, por haber escuchado las

lecciones de CRISIPO. La personalidad de HERÓFILO era predominante anatomística; disector hábil e incansable investigador, llegó a tener una noción —admirable para su época— acerca de la conformación del organismo humano, siendo el primero en estudiar la anatomía del cerebro y la médula espinal. Como un homenaje a su memoria, ha quedado inscrito su nombre en la enrucijada vascular y meníngea que él supo observar y descubrir. A él se debe la comprobación de que el cerebro es el órgano central del sistema nervioso, afirmación mantenida por HERÓFILO, no obstante lo que pesaba la autoridad de ARISTÓTELES que asignaba ese papel al corazón; logró distinguir el cerebro del cerebelo, describiendo con minuciosidad pasmosa, algunos detalles de Anatomía encefálica como el *calamus scriptorius*. En fin, en lo referente al sistema nervioso, se dió cuenta de como los nervios llevan las sensaciones a los centros y de que, asimismo, determinan y dirigen los movimientos.

La misma claridad con que supo ver la morfología del sistema nervioso, campea en sus descripciones de los órganos abdominales y del aparato genital y tuvo una verdadera prenoción de los quilíferos, si bien no pudo precisar el origen e importancia de los mismos. El ilustre calcedonio, transplantado a Alejandría, portador de las enseñanzas de PRAXÁGORAS y, por tanto, bisnieto espiritual de HIPÓCRATES, fué un gran anatomista, quizás el primer anatomista que merezca, en rigor científico, tal apelativo. El destacarse tanto en la ciencia morfológica no le impidió distinguirse en la Fisiología y lucir como un buen clínico. Revive en él cierta tendencia dogmática que es, muy probablemente, una consecuencia de su aprendizaje junto a PRAXÁGORAS, que consideraba los hechos de la patología como anillos de una cadena que estuviesen ligados entre sí por una ley causal, tan suprema como lógica. En este sentido, es netamente hipocrático y, como tal, humoralista e inclinado a exaltar el valor de la experiencia, manifestando una simpática modestia al declararse íntimamente persuadido de la limitación del saber del médico. Por una predilección, sugerida por PRAXÁGORAS, su maestro, continúa el estudio del pulso, midiendo el número de latidos, mediante un reloj de agua, para determinar las variaciones de frecuencia del ritmo pulsátil, según se trate de sujetos sanos o febricitantes. La terapéutica herofiliana no ofrece la sencillez de la hipocrática; en esto, se evidencia la influencia del ambiente; el médico calcedonio, residente en Alejandría, tiene frecuentes ocasiones de comprobar la acción terapéutica de muchos productos de origen oriental, que el activo comercio de su patria adoptiva pone en sus manos; tal circunstancia, le permite encontrar nuevos remedios, cuyos efectos estudia y contrasta por sí

mismo, tal vez para corresponder, agradecido, a la augusta protección de su soberano, que se hallaba gustosa y vivamente interesado en el estudio de plantas, minerales y raras especies zoológicas, venidas de otros reinos.

ERASÍSTRATO, el contemporáneo y el émulo de HERÓFILO, había nacido en Julis, de Cheos; fué un infatigable viajero, que peregrinó en busca del saber; por eso, aun cuando su formación médica fundamental era cnidiana, aprendió también en Cos y en Atenas. Es tradición que la fama de sus méritos llegó hasta Antioquía, a donde fué llamado por SELEUCO NICATOR para que prestase sus cuidados a ANTIOCO, el príncipe heredero. No tardó en comprender ERASÍSTRATO, experto psicólogo —pues siempre ha sido necesario conocer las almas, para sanar los cuerpos— que la causa del mal que aquejaba al joven príncipe, radicaba en su amor por ESTRATÓNICE, su bellísima madrastra. La perspicacia de su diagnóstico y la habilidad persuasiva con que supo llevar su propio convencimiento al ánimo del Rey —padre, antes que amante— acreditan su talento, si es que fué cierto este caso clínico tan particular y novelesco. Logró del padre el sacrificio y la renunciación y obtuvo la salud, para el hijo, con tan singular terapéutica, obteniendo con ello gran renombre; después, no aviniéndose a una vida sedentaria, opuesta a su carácter curioso y andariego, renunció a la envidiable condición de *arquiatra* del reino de los SELEUCIDAS y pasó al de los TOLOMEOS.

Transplantado al ambiente alejandrino, allí, consolidó ERASÍSTRATO su personalidad científica, sintiendo más fuerte vocación por la patología y las interpretaciones fisiológicas que por la Anatomía, tan preferida por HERÓFILO. No dejó, sin embargo, de practicar disecciones en cadáveres humanos y de otras especies animales y, según parece, realizó algunas experiencias, impulsado, vivamente, por su afán de conocer las funciones del corazón y del árbol circulatorio. Con un evidente sentido de la realidad, afirmó que cada órgano contenía venas, arterias y nervios; descubrió la válvula tricúspide y observó, provechosamente, la morfología cerebral, estableciendo, con sorprendente intuición, las conexiones entre la riqueza y complejidad de las circunvoluciones cerebrales, en cada especie zoológica, y el grado de su respectiva capacidad funcional.

Formuló una doctrina fisiológica, en la que se observa una cierta influencia de la atomística, de DEMÓCRITO, y cuyo eje fundamental era la vieja teoría neumática, modificada por él. Al describir el camino que seguía el *neuma*, o espíritu vital, tiene un atisbo de la circulación menor, en cuanto a lo anatómico, si bien le desvía y desorienta su prejuicio

doctrinal. Con gran ingenio, desenvuelve su concepto mecánico y tiene verdaderos aciertos al detallar la función circulatoria, afirmando que la sangre, formada a expensas de los alimentos ingeridos y conducida por las venas, sirve para nutrir los órganos, después de absorberse por las paredes de los vasos; también observó, muy perspicazmente, la función respiratoria y la digestiva, sintiendo atraída su atención, con constante preferencia, por los fenómenos mecánicos.

ERASÍSTRATO fundamentó sus ideas acerca de la Patología en sus básicos conceptos de tipo mecanicista, asegurando que el desorden mecánico acarrea la enfermedad, sobre todo, por exceso o *plétora* venosa que él atribuye siempre a alimentación excesiva; para desenvolver estos conceptos, describió la circulación arterial y venosa y, aunque se extraña en algunos errores, tiene, en cambio, el acierto de señalar la unión, por medio de finas ramificaciones, entre arterias y venas, unión que él conceptúa como una anastomosis. Concedió gran importancia a la fuerza, incierta, y por tanto tiempo perpetuada en la ciencia, del "horror al vacío" (*horror vacuo*), para explicarse los fenómenos del hambre, la sed y, en ocasiones, las hemorragias; explicaba estas últimas por un curioso y complicado mecanismo, en el que se contradecía a sí mismo, al admitir la posibilidad del paso de la sangre a las arterias, cosa que estaba en pugna con la idea, aceptada por él y persistentemente mantenida por tantos anatómicos de la antigüedad, de que las arterias sólo contenían el neuma o espíritu vital.

ERASÍSTRATO era resueltamente opuesto a la doctrina humoral. Influído por su formación cnidiana, dedicaba preferente atención a los trastornos locales y a las alteraciones anatomo-patológicas; ejemplo de ello, es su conocimiento de las lesiones propias de las pleuresías y de las pericarditis, como también de la relación existente entre la producción de la ascitis y el endurecimiento del hígado. En el orden terapéutico, tenía el buen sentido de no prodigar los medios de acción demasiado enérgica y manifestaba una tendencia casuística, acomodándose a las particularidades evolutivas de cada enfermo. Con verdadera aversión, nacida de las enseñanzas de su maestro CRISIPO, era refractario a la sangría, como también a los purgantes de acción muy intensa. Uno de los más acusados y meritorios perfiles de su silueta de clínico, consiste en su gran afición a los medios profilácticos; reputó siempre, como más útil, la acción preventiva, contribuyendo a divulgar la denominación y concepto de la Higiene, ideados por DIOCLES DE CARISTO.

Las dos robustas columnas de la Escuela Médica Alejandrina, HERÓFILO y ERASÍSTRATO, estaban predestinadas al aislamiento y, no

obstante la altura y valentía de su fuste, no habían de sostener un gran edificio. La brillantez del ambiente intelectual del Museum y sus Escuelas; la exhuberante personalidad de los dos grandes médicos que trajeron al Egipto tolemáico las semillas helénicas; la afluencia considerable de discípulos, atraídos por la luz espiritual de Alejandría —más potente aún que la de su faro magnífico— parecían prometer un largo y luminoso futuro a la obra comenzada bajo tan alentadores auspicios. Sin embargo, la realidad demostraría bien pronto que, a pesar de su abolengo glorioso, realizaría esta Escuela una obra fugaz y le esperaba un mísero destino. Un fenómeno semejante al producido por la desaparición de HIPÓCRATES —agravado por las circunstancias de tipo histórico y por la diferencia de magnitudes entre las personas— determinó que la sucesión de HERÓFILO y ERASÍSTRATO fuera tumultuosa y apasionada, marcando una línea, casi vertical, de decadencia.

El proceso descendente se inició pronto, pero fué de un largo desenvolvimiento; como todas las decadencias de grandes instituciones históricas, la de esta luminosa escuela médica sufrió los azares de la discordia, primero, y, después, de la dispersión. También los discípulos de HERÓFILO y ERASÍSTRATO se encerraron en un dogmatismo especioso y estéril que, por su propia tendencia polémica, cegaba el cristalino manantial de la investigación, de la observación directa y, en cambio, originaba una inacabable discusión entre los discípulos y sucesores de cada uno de los dos grandes maestros. Los epígonos de HIPÓCRATES fueron teorizantes y dogmáticos a ultranza, pero, al fin y al cabo, se mantuvieron fieles a las enseñanzas recibidas del anciano de Cos. Por el contrario, aquí, se abrió bien pronto una encarnizada discusión entre *herofilistas* y *erasístratas*, discusión tan prolongada como infructuosa, pues, la primera de estas sectas, llegó a alcanzar casi tres siglos de existencia, y, la segunda, sobrevivió aún más largo tiempo, a pesar de ser más baja su calidad, lo cual no es extraño —biológicamente pensando— ya que sabemos con cuanta pertinacia se prolonga el vivir de los organismos débiles y muy depauperados.

La enconada disputa entre *herofilianos* y *erasístráticos*, además de apasionada, fué infructuosa. Los partidarios de una y otra tendencia hicieron bandería de las ideas de los maestros... y se les olvidó lo principal, que hubiera sido la imitación de su buen ejemplo. Ofuscados por la lucha, obstinados en combatirse mutuamente, no insistieron en la fecunda investigación anatómica, que había iniciado HERÓFILO, ni se sintieron tampoco obligados a perseverar en las observaciones fisiopatológicas de ERASÍSTRATO. Después de este lamentable “cisma

médico” sobrevino la inevitable decadencia; los soberanos, que habían sido protectores de los hombres de ciencia, se apartaron de estos funestos bizantinismos y la medicina alejandrina decayó, rápida y lamentablemente.

Un brote esporádico de la escuela herofiliana, se produjo entre Caria y Frigia —en Menos Caru, cerca de Laodicea, un siglo a. de J. C.; fué un nuevo resplandor del antiguo prestigio que brilló también en otros lugares del mundo helenístico, así como en la propia Alejandría, con la llamada “segunda escuela”. Tal vez la difusión de la Medicina herofilica hacia las regiones asiáticas, la Siria sobre todo, se debiera al esfuerzo de los continuadores que luchaban aún por contener un fatal proceso de descomposición. Éste, fué aún más acentuado y grave entre los erasístratas que se estancaron en el más obstinado rutinarismo y, sin embargo, sobrevivieron más tiempo, pues todavía, en la época galénica quedaba algún representante de esta escuela.

LA REACCIÓN DEL EMPIRISMO.—
MAGIA; CHARLATANERÍA; LA
OBSESIÓN DE LOS VENENOS.—
EL PUENTE HACIA ROMA.

En medio de tan dolorosa desintegración de lo que había sido una pujante escuela, se produjo un esfuerzo, encaminado a salvar la ciencia médica, de la inevitable catástrofe que le amenazaba. Ese intento, más rico de buena intención que de éxito, cristalizó en la llamada *Escuela empírica* y no fué otra cosa que la defensa contra aquella avalancha de contradictorios dogmatismos que, descuidando la observación, paralizaban el progreso. Como siempre, una idea filosófica, informaba este movimiento reaccional contra los excesos de un doctrinarismo infecundo. Pero, la idea que sirvió de trama conjuntiva al empirismo, no podía salvar lo que estaba en trance de muerte; el sustratum filosófico del empirismo fué la doctrina escéptica, de PIRRÓN DE ELEA —doctrina que llevaba una negación y un desaliento dentro de sí. No era el sistema más adecuado para vitalizar una ciencia decadente el acudir a negaciones; lo que está débil y enfermo se salva con afirmaciones, más no con dudas y titubeos. Del sistema de PIRRÓN, que remozaba los viejos conceptos eleáticos, tomaron los empíricos las ideas de imposibilidad del conocer objetivo y de lograr la verdad absoluta; como consecuencia de ello, se abroquelaban en un *practicismo*, de finalidades inmediatas y limitadas, diciendo con cierto gesto displicente: “Lo que importa es curar al enfermo, porque los fundamentos científicos de la Medicina son inasequibles”. Nos parece oír a los eternos partidarios —los ha habido en todos los tiempos— de “lo práctico” y “lo útil”, que desdeñan todo conocimiento abstracto, de mera especulación o de categoría básica que no sea inmediatamente utilitaria. Los empíricos de Alejandría, incurrieron, por reacción defensiva contra teorizantes y polemistas, en otra obstinación sistemática: fijando su atención con visión miópica, nada más que en lo cercano, dejaban de ver el bosque, por su empeño de mirar solamente al árbol, que llenaba todo su campo visual.

Los partidarios del empirismo basaron su método en el llamado “*trípode empírico*”, establecido por GLAUQUIAS, y que estaba integrado por la observación propia (*Autopsia*, en su sentido filosófico), la tradi-

ción de las observaciones de los demás y, por fin, la *analogía*. Es innegable que, con tales elementos, podía realizarse una labor eficaz de observación y experiencia; el error que, haciendo huir a los empíricos del formalismo doctrinal, les llevaba a caer, a su vez, en otra tendencia exclusivista, estribaba en renunciar al conocimiento de las causas últimas, separando, como supérfluas, la Anatomía y la Fisiología, bases teóricas de la Medicina, que no conducían —según ellos— a una directa y contigua aplicación práctica. Son muchos los historiadores que, dejándose deslizar por la fácil pendiente de los tópicos, han venido repitiendo que los empíricos crearon un neo-hipocratismo, ya que resucitaban la tendencia del sabio de Cos a desprenderse de los apriorismos dogmáticos. No comprendemos cómo ha podido verse una semejanza, ni siquiera una coincidencia ocasional, entre la doctrina, insuficiente y mediocre, de que estamos ahora hablando, y el hipocratismo, de un vuelo y un alcance elevadísimos. Es cierto que, HIPÓCRATES, quiso apoyar toda la Medicina en la observación y que rehuyó, como un peligro, toda tendencia unilateral y todo juicio previo. Pero, HIPÓCRATES, no desdeñó nada que pudiese conducir al conocimiento de la verdad y, si pecaba de insuficiencia anatómica y fisiológica, no fué por un menosprecio deliberado sino por una acción insuperable del ambiente y de la época en que le tocó vivir. Precisamente, lo más admirable de su obra está, no sólo en las muchas verdades que logró descubrir, sino en el espíritu rigurosamente metódico y científico del hipocratismo, que ansiaba abarcar la variedad y multiplicidad de los fenómenos con la expresión unitaria y sintética de una ley. Por si algo faltara para demostrar la distancia que existe entre HIPÓCRATES y los empíricos, bástenos señalar que, estos últimos, perseguían la curación del enfermo con una frialdad de “*oficio*”, como finalidad de una técnica que sólo aspira a un resultado tangible y positivo, mientras que, en HIPÓCRATES, hay un sentido profundamente humano que informa por entero su actuación, despojándola de toda envoltura material y vitalizándola con un insaciable anhelo de espiritualidad. No puede parecerse a los empíricos quien afirma, como lo hizo él, en sus “*Preceptos*”: “Donde está el amor al hombre, allí está también el amor al arte”. Tampoco puede compararse ni confundirse con los escépticos quien es capaz de sentir, como lo sentía HIPÓCRATES, un alto ideal ético que, informando toda su obra, le hace afirmar en sus “*Prescripciones*” que “el buen filósofo debe encontrarse también en el médico...”, el cual, según él, debe tener “juicio tranquilo y sereno, ánimo libre de sospechas y devoción a la divinidad”.

El empirismo tuvo sus méritos y sus hombres representativos. Fué

iniciada la doctrina por FILIPO DE COS y, a más de un siglo de distancia de él, distinguióse el empírico más notable, HERÁCLIDES DE TARENTO. El empirismo sintió verdadera predilección por la Terapéutica y la Cirugía, lo cual armoniza bien con el sentido de inmediata aplicación práctica que matiza esta doctrina. Las gentes de aquella época, experimentaban una gran curiosidad por las cuestiones de Medicina; se interesaba el vulgo por el estudio experimental de los medicamentos, al que tan aficionados fueron los empíricos; las derivaciones toxicológicas originaban, entre los profanos, una malsana curiosidad, o despertaban terroríficas inquietudes. Hasta tal punto se difundían los escritos médicos que, muchos alejandrinos cultos, leyeron complacidos los poemas médico-didácticos de NICANDRO y se interesaron por los escritos farmacológicos de CRATEUAS, el médico de cámara de MITRÍDATES VI, EUPATOR DEL PONTO, reinante durante el siglo I de J. C. Este monarca estudió, por sí mismo, las cuestiones botánico-farmacológicas relacionadas con los venenos y sus antídotos; no es probable que sólo guiase al Rey del Ponto un móvil estrictamente científico. Su temor de morir asesinado, y una triste experiencia del frecuente uso de mortales venenos, en aquellos tiempos en que el regicidio era una simple y habitual maniobra política, despertaron en MITRÍDATES un deseo de conocer a fondo la acción de los tóxicos sobre el organismo y, especialmente, de prevenirse contra sus terribles efectos. Acaso entraba en sus planes el conocer tan poderosas armas, no solamente con un propósito defensivo, sino a fin de utilizarlas, en caso necesario, para limpiar de rivales su camino; la moral de esta época lejana toleraba tan reprobables medios y no es inverosímil que entraran en los propósitos del audaz y enérgico Rey del Ponto Euxino, más ambicioso del poder que enamorado de la ciencia.

Había de perdurar hasta la Edad Media el uso y aprecio del famoso contraveneno, llamado "*mitridato*" en memoria de su regio descubridor. MITRÍDATES podía atenuar sus culpas —si es que las hubo en sus planes— con la inteligente antevigencia de los procesos de inmunización ya que, en el referido "*mitridato*", figuraban, entre otras muchas substancias, la sangre de patos del país del Ponto que se alimentaban, según parece, con plantas venenosas, lo cual creaba en ellos un estado refractario, de defensa antitóxica, con relación a los venenos utilizados para su alimentación. Era aspiración del famoso rey la de obtener un antídoto universal ("*alexifarmaco*") y también, persiguiendo obstinado la premunición antitóxica, consumía, a diario, crecientes dosis de venenos para ir habituando su organismo en

evitación de sus efectos letales; con ello, iniciaba un camino de habituación antitóxica que había de tener —¡pasados tantos siglos!— semejanza con ciertas prácticas de la antitoxia bacteriana. De este curioso modo, se originaron las palabras "mitridatismo" y "mitridatización", clásicas en terapéutica y evocadoras de la memoria de aquel rey oriental que, obsesionado por tan árduas cuestiones, debió padecer una siniestra preocupación que fué su estímulo y su dolor, al mismo tiempo. Como restos de la doctrina empírica de MITRÍDATES, subsistieron el tratado de las ponzoñas animales, de APOLODORO DE ALEJANDRÍA, y los dos poemas, en hexámetros, compuestos por NICANDRO, sobre el tema de los venenos animales ("*Theriaca*") vocablo que resucitaría, mucho más adelante, en la vasta sinonimia de antídotos, triacas y mitridatos.

El conocimiento de las plantas medicinales y de las venenosas, así como de las ponzoñas de temibles alimañas, fué afición de muchas regias personas de la antigüedad, que imitaron a MITRÍDATES, con formas y finalidades diversas. Así, LISÍMACO DE TRACIA, ANTÍOCO VIII, EPIFANIO DE SIRIA, ATALO III, FILOMETER DE PÉRGAMO y NICOMEDES DE BITINIA, sintiéronse interesados por tales cuestiones y contribuyeron, de un modo más o menos directo, a la adquisición de conocimientos útiles en Medicina. En la extensa lista de este diletantismo regio, en materia de Historia natural médica, por haber de todo, hay un caso teatral y emocionante: el de CLEOPATRA, la bella y extraña reina de Egipto, mujer de tantas complejidades psicológicas y de tan funesta influencia histórica. Su extraordinaria belleza y la fascinación que ejerció sobre los más encumbrados personajes, justificarían que se la calificara, con una locución muy moderna: la de "mujer fatal", si no estuviera tan desacreditada la frase por una literatura fácil y efectista y por algunos excesos del arte cinematográfico. El trágico final de esta reina, singular y ambiciosa, que resuelve con la mordedura del áspid sus terribles problemas políticos y amorosos, se ha enlazado, por algunos historiadores, con la predilección de aquellos soberanos orientales hacia el estudio de los venenos. No es probable que la hermosa amada de MARCO ANTONIO hubiera estudiado científicamente el tóxico que, un día, había de poner un fin tan dramático a las pasionales turbulencias de su vida. Pero, en ello, hay un símbolo de la rápida y fatal decadencia greco-oriental. Ya está en marcha otra civilización, llena de vitalidad y de audacia, de firmeza en los hechos y luminosidad en el pensamiento. Mientras tanto, se extinguen las últimas luces que encendiera en Oriente el juvenil ALEJANDRO, el príncipe macedonio, que fundó un Imperio para salvar a Grecia.

En una atmósfera de supercherías mágicas y de condenable charlatanería, se van desvaneciendo y olvidando los días honrosos de la Escuela de Alejandría. Prosperaban toda suerte de supersticiones, de cultos idolátricos y de hábiles maniobras lucrativas, realizadas por los desaprensivos vividores que medran en las épocas de decadencia, como flora microbiana de putrefacción. Los helenísticos, minados por un escepticismo global y una desilusión de todos los sistemas, se desorientaban, porque les cegaba un materialismo avariento; derrocharon, en cambio, el caudal de su espíritu y de su raza, que disminuía y degeneraba, perdiendo el antiguo vigor y justificando el desprecio de los romanos cuando les llamaban *grieguecillos* (“*Gracculi*”), vergonzoso diminutivo que expresa, con grafismo sintético, todo el abismo de desvalorización en que habían caído los que, un día, fueron poderosos y sabios herederos del genio helénico, en las cálidas y brillantes tierras del Oriente.

* * *

Faltaba un siglo, para la venida al mundo de JESUCRISTO. Roma, según lo afirma PLINIO, había vivido seiscientos años sin médicos o, al menos, sin médicos griegos. No gozaban éstos de la simpatía de los latinos, ni el oficio era envidiable en la ciudad del Tíber y del Senado, en la urbe de los patricios y de los plebeyos. CATÓN escribía a su hijo MARCO, hablándole de los griegos, y le anunciaba que, éstos, corromperían a Roma, sobre todo si enviaban sus médicos que habían jurado, según decía el CENSOR, “matar a todos los romanos, con ayuda de la Medicina”.

En la Roma de aquellos tiempos, la condición de médico ocupaba un humilde lugar, lindero con la esclavitud, en un mundo tan pagado de las diferencias de cuna y de las jerarquías sociales. Menos propicio aún, era el ambiente para los médicos que llegaban de Grecia y, sin embargo, su propia valía, su rango científico y lo selecto de su formación espiritual, tan superior a la de sus colegas romanos, les fueron abriendo paso y ganando adeptos en la inmensa capital del mundo itálico.

Hacia el año noventa (a. de J. C.), llegaba a Roma ASCLEPIADES DE PRUSA; venía de la lejana Bitinia, de la Propóntide; había estudiado la Medicina, la Filosofía y la Retórica y había sido discípulo de Alejandría; su porte aristocrático y sus elegantes maneras, transpiraban distinción y lograban respetos; era amigo de CICERÓN, de LUCIO CRASO y de MARCO ANTONIO y fué llamado, pronto, el “príncipe de los médi-

cos”. Triunfó en Roma y dejó una estela de continuadores y discípulos que, fundando la escuela *metodista*, iniciaban una larga serie de sistemas médicos que se irían sucediendo durante más de dos siglos.

Después, y llegado de Pérgamo, otro greco-oriental, con vestidura latina, discípulo de Anatomía en la Escuela Alejandrina, se trasladaba a Roma, lleno de ambición y seguro de sus méritos. Este nuevo enviado del mundo helenístico, se llamaba GALENO y venía a señalar un punto culminante en la Historia de la Medicina; fundó un sistema y creó una escuela que, juntamente con la hipocrática, había de absorber el pensamiento médico, durante siglos enteros, en los que se llamaría a HIPÓCRATES el “padre de la Medicina” y, por generalización apelativa, se denominarían “galenos” cuantos hombres consagraran su actividad al arte de curar enfermos.

“LITTERA; SENSUS; SENTENTIA”.

En las viejas Universidades medievales, se leían en las Cátedras los textos y, el maestro, comentando lo leído, había de explicar, primero, su significado liberal: *littera*; después, su sentido: *sensus*; y, por último, la enseñanza o doctrina que se desprendía del texto: la *sententia*.

Yo estoy seguro de que vosotros habéis percibido la finalidad pragmática y ejemplar que me he propuesto en esta modesta lección inaugural que, a falta de otros méritos, pretende una *sententia*, una enseñanza, que pueda hacerla útil, ya que no ha logrado ser luminosa.

Son los hombres, anillos de la cadena del saber, lo mismo que de la cadena del vivir, ya que, *saber*, es *vivir* dos veces. La inexorable ley de continuidad que perpetúa la especie, cúmplase también en la transmisión de la sabiduría. De la misma manera que el hombre engendra a sus hijos, el sabio, fecundando el espíritu de sus discípulos, crea los sabios del mañana. Los progenitores infunden en su prole virtudes, cualidades y defectos; así también, los que ejercen la paternidad espiritual, pueden operar idéntica transfusión —en el orden intelectual, se entiende. Adoctrinar, o enseñar, no es repetirse a sí mismo; es moldear la inteligencia del que aprende, si bien respetando su personal iniciativa, sus peculiaridades temperamentales y, lo que es más, estimulándolas, cuando se juzga que encierran gérmenes de progreso y perfección.

Por mucho que se hable de autodidactismo y por más que se encomien los casos de autodidactos geniales, no podrá negarse esa herencia del saber. ¿Acaso el que se adiestra por sí mismo, en un arte o una ciencia, no aprende de los modelos que contempla, aún de aquellos que, él, se apresta a renovar? ¿Puede haber alguien, tan absolutamente original, tan *asépticamente* creado por una “generación espontánea”, que no haya recibido enseñanzas de la obra ajena, antes de producir la suya propia?

Considerad la extensa y continua sucesión de hombres que han sido necesarios para el avance de la Ciencia y los que ésta reclama, todavía, para su futuro engrandecimiento. De tantos y tantos hombres, consagrados a la conquista de la verdad, unos, se hacen famosos, otros, son discutidos y, los más, están condenados al pronto olvido por la modestia de su personal esfuerzo. Conceptuamos como dichosos —esta es nuestra

íntima e inefable alegría— a los que lleva su destino a ser maestros, es decir, sembradores de ideas. Gracias a ellos, jamás quedan yermos los campos del espíritu. Para los maestros, será como un premio que recompense su labor, la dulce y suprema emoción de paternidad que entraña su noble oficio; los discípulos, deberán sentir, como poderoso estímulo, la posibilidad alentadora de adoctrinar a los que vengan tras de ellos. A unos y otros, me permito recordar la hermosa frase de nuestros clásico, don Francisco de Rojas: “Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fué discípulo”. A todos, en fin, conviene la íntima convicción de lo efímero de nuestra vida y de la modesta tarea que a los más nos corresponde, pues lo excepcional y culminante está reservado para los menos.

Mirando a lo alto y con serenidad gozosa, entremos en el año que comienza, seguros de que Dios ha de guiarnos en este nuevo sendero que, el honor y el deber, nos han trazado con armónico acuerdo.

HE DICHO.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN (PEDRO, S. J.).—“La idea cristiana del cuerpo”. (Conferencia): “Actualidad Médica”. Granada, 1944. “Gaceta Médica Española”, Madrid, 1944.
- AGUADO BLEVE.—Curso de Historia (1935).
- ALBERT.—Les médecins grecs a Rome. (París, 1894).
- ASTER (E. v.).—Historia de la Filosofía. (Madrid, 1941).
- BACCELLI.—Manuale de Storia della Medizina. (Turín, 1923-1927).
- BALMES (JAIME).—Historia de la Filosofía. (Barcelona, 1921).
- BALMES (JAIME).—Curso elemental de Filosofía. (Barcelona, 1921).
- BERDIAEFF (N.).—El sentido de la Historia. (Barcelona, 1943).
- BERGER (H.).—Geschichte der wissenschaftlichen Erdkunden der Griechen. (Leipzig, 1903).
- BERNHHEIM (F.).—Introducción al estudio de la Historia. (Barcelona, Madrid, Buenos Aires).
- BERTOLINI.—Historia de Roma. (Barcelona, 1890).
- BERTOLOTTI.—La crítica médica nella storia: Alessandro Magno. (Turín, 1932).
- BETHE (E.).—Un milenio de vida griega antigua. (Madrid, 1940).
- BON (DR. HENRI).—Compendio de Medicina Católica. (Madrid, 1942).
- BREASTED.—La conquista de la civilización. (1934).
- BRENTANO (F.).—Aristóteles. (Madrid, 1939).
- CANTÚ (CÉSAR).—Historia Universal. (1854).
- CASAS (GASPAR DE LAS).—Prehistoria de la Medicina. (Madrid, 1944).
- CASTIGLIONI.—L'orientamento neo-hipocrático del pensiero médico contemporáneo. (Turín, 1933).
- CASTIGLIONI (ARTURO).—Historia de la Medicina. (1941).
- CASTILLO (ALBERTO DEL).—Historia general.. (Barcelona, 1943).
- COHN (PROF. O.).—Los grandes pensadores. Introducción histórica a la Filosofía.
- CONDORCET.—Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano.
- COUSIN.—Oeuvres complètes de Platón. (París).
- CHAINED.—Histoire de l'anatomie comparative. (Burdeos, 1925).
- CHALAVE (FÉLICIEN).—Metodología de las ciencias. (Madrid, 1941).
- CHINCHILLA (A.).—Anales históricos de la Medicina. (Valencia, 1841-46).
- DAREMBERG.—Oeuvres choisies d'Hippocrate. (1843 y 1855).
- DIEPGEN.—Historia de la Medicina. (1932).

- DIEPGEN.—Deutsche Volksmedizin wissenschaftliche Heilkunde und Kultur. (1935).
DIEPGEN.—Medizin und Kultur. (1938).
DUE (P., S. J.).—Poder de Dios y la Ciencia. (Granada).
DURUY (VICTOR).—Historia de los griegos. (Barcelona, 1891).
EBELING (ERICH).—Historia del Antiguo Oriente. (Madrid, 1936).
ENRIQUES (F.).—Signification de l'histoire de la pensée scientifique. (París, 1934).
FERRANDIS.—Historia de la cultura. (Valladolid, 1933).
FINSLER (PROF. J.).—La poesía homérica.
FROBENIUS (LEO).—La cultura como ser viviente. (Madrid, 1942).
GAIZO (DEL).—El genio d'Ippocrate. (1897).
"GALLACH" (INSTITUTO).—Historia Universal. (Barcelona, 1936).
GARCÍA DEL REAL (EDUARDO).—Trabajos de la Cátedra de Historia crítica de la Medicina. (T. IX); (1940).
GARRISON.—Historia de la Medicina. (1921).
GOETZ (W.).—Historia Universal. Hélade y Roma. (Barcelona, 1933).
GONZENBACH.—Viaje por el Nilo. (Barcelona, 1890).
GREGOR (JOSEPH).—Alejandro Magno. (Barcelona, 1943).
GREGOR (JOSEPH).—Pericles. Grandeza y pesadumbre de Grecia. (Barcelona, 1943).
HABERLANT.—Etnografía. (Estudio general de las razas).
HERNÁNDEZ MOREJÓN.—Historia crítica y bibliográfica de la Medicina española.
HIRSCH.—De Collectionis hippocraticae autorum anatomia. (Berlín, 1867).
HOMO (LEÓN).—Nueva Historia de Roma. (Barcelona, 1942).
HUNGER (J.) y LAMER (H.).—La civilización del Oriente Antiguo.
HURTADO DE MENDOZA.—Historia crítica de la Medicina. (Madrid, 1845).
KOCH (J.).—Historia de Roma. (Madrid, 1940).
KREBS (N.).—Geografía humana. (Madrid, 1941).
"LABOR".—Historia del Arte. T. III. Arte Clásico.
LACROIX (A.).—Figures de Savants. (París, 1922).
LAIGNEL LAVASTINE.—Histoire de la Médecine. (París, 1940).
LAÍN ENTRALGO (PEDRO).—Historia y Medicina.
LAVISE.—La Enseñanza de la Historia.
LONG (R.).—A History of Patology. (Londres, 1928).
LOON (VAN).—Historia del Mundo. (Barcelona, 1936).
LÓPEZ-CAMACHO PAREJA.—Consideraciones previas a la Filosofía griega. (Granada, 1943).
MAISCH (R.) y POLHAMMER.—Instituciones griegas. (Madrid, 1941).
MALET e ISAAC.—Historia griega.
MATTER.—Essai historique sur l'école d'Alexandrie. (París, 1820).
MAULL (O.).—Geografía del Mediterráneo griego. (Madrid, 1940).
MENARD (RENÉ) y SAUVAGEOT (CLAUDE).—Las Instituciones de la Antigüedad. I. Instituciones civiles. Guerra. Ciencias.—II. Instituciones religiosas. Educación. (1926).
MEUNIER (L.).—Histoire de la Médecine. (París, 1911).
MOREUX (ABATE TH.).—Los confines de la ciencia y de la fe. (Madrid, 1929).
MOUSSON LANAUZE.—Del empirismo hacia la razón. (París).

- MUCH.—Hippocrates der Grosse. (Stuttgart y Berlín, 1921).
NESTLE (W.).—Historia de la Literatura griega. (Madrid, 1944).
ONCKEN (G.).—Historia Universal.
ORIOI ANGUERA (J. y A.).—Historia de la tuberculosis. (Barcelona - Buenos Aires, 1944).
ORS (E. D').—Europa. (Madrid).
ORTEGA GASSET.—La Historia como sistema. (Madrid, 1940).
OXFORD (UNIVERSIDAD DE).—El legado de Grecia. (1944).
OXFORD (UNIVERSIDAD DE).—El legado de Roma. (1944).
PAOLI (UGO ENRICO).—Urbs. La vida en la Roma Antigua. (Barcelona, 1943).
PEIRANI.—La biología nell'opera aristotélica. (1866).
PIJOAN (J.).—Historia del Mundo. (Barcelona, 1928).
PIJOAN (J.).—Historia del Arte. (Barcelona, 1928).
RADL.—Historia de las teorías biológicas. (Leipzig y Berlín, 1913).
RENOUARD (P. V.).—Histoire de la Médecine. (París, 1870).
RICKERT.—Ciencia natural y ciencia cultural. (Madrid, 1939).
RUIZ CARNERO.—Cómo murieron los personajes célebres. (Madrid, 1944).
SALINAS (S.).—Atlas histórico general. (Madrid, 1942).
SANDERSON (EDGARD).—Historia de la civilización. (Barcelona, 1941).
SARTIAUX (J.).—Las antiguas civilizaciones del Asia Menor. (Madrid, 1937).
SEIGNOBOS.—Historia de la Civilización.
SIMON (J.).—Histoire de l'École d'Alexandrie. (París, 1843-45).
SINGER.—Studies in the history and method of science. (Oxford, 1921).
SPENGLER (OSWALD).—La decadencia de Occidente.
STEGMANN.—La escultura en Occidente.
STEUDING (PROF. H.).—Mitología griega y romana.
SUDHOFF.—Aerztliches aus griech. Papyrusurkunden. (Leipzig, 1907).
SUDHOFF.—Historia general de la Medicina. (1922).
SWOBODA (J.).—Historia de Grecia. (Madrid).
THOMPSON (PROF. J. A.).—Introducción a la ciencia. (1926).
VACHEROT.—Histoire critique de l'École d'Alexandrie. (París, 1846-51).
VALLAUX (CAMILO).—Geografía social. El suelo y el Estado. (Madrid, 1914).
VERA (FRANCISCO).—Historia de la Ciencia.
VICENS. (INSTITUTO GALLACH).—Mil figuras de la Historia. (Barcelona, 1944).
WALSH.—Galen Clashes with the medical seats an Rome. (In "Medical Life", 1928).
ZIELINSKI.—Historia de la civilización antigua. (1934).